

GENIIT

— sociología —
ciencia — literatura



María Lacerda de Moura: Pitágoras, o la sabiduría del silencio.—Vladimiro Muñoz: María Lacerda de Moura.—José Peirats: La autoridad no es un flagelo de los cielos.—Germinal Esgleas: Proyección humana del anarquismo.—Enriqueta Roland-Host: El sentido de unidad en la obra de Tolstoy.—Mariano Viñuales: Revistas sobre mi mesa. De «España y América»: Complejidad y destino de la clase obrera colombiana, de Horacio Yespes. «Estudios americanos»: Sevilla (España).—S. Vergine: Tres mil años de terror militar. El pillaje y la destrucción de civiles a través de los siglos (conclusión).—Gérard de Lacaze-Duthiers: El arte y la vida.—J. M. Puyol: La Novela de Salomé.—Ugo Fedeli: Bibliografía de publicaciones anarquistas en lengua italiana.—Ricardo Mella: Ideario (folletón encuadernable).



NERO
1955

49

Revista Mensual

PRECIO: 80 FRs.

NUESTRA PORTADA

MARIA LACERDA DE MOURA

La figura de María Lacerda de Moura es una de las más interesantes de las letras brasileñas. La obra de María y su proyección sensible y humana sobre la literatura social y pedagógica del Brasil es importantísima. Su fidelidad a las ideas de libertad abrazadas al producirse su feliz encuentro con la idealidad anarquista en uno de sus muchos y variados matices, no se desmintió nunca. Su pensamiento fecundo e inquieto, su pluma galana, su imaginación fértil, su constante sed de saber y de renovarse, constituyen los rasgos dominantes de esta personalidad femenina que llena un período de las letras americanas. Porque América tuvo poetisas exquisitas, grandes corazones femeninos delicados y vibrantes, de los que es expresión máxima Gabriela Mistral. Pero María Lacerda fué la pensadora, la pedagoga, la anarquista que creó, demoliendo antes; que luchó bravamente contra todos los prejuicios y que realizó en América latina una verdadera revolución intelectual.

CENIT se honra incorporando su figura y su nombre prestigiosos, tan enteros y tan nobles, a su galería de figuras de fama y de categoría universal.

CENIT

REVISTA MENSUAL

DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Secretaria de Redacción: Federica MONTSENY.

Colaboradores: José Peirats, Mariano Viñuales, Vladimiro Muñoz, Eusebio C. Carbó, Adolfo Hernández, Benito Milla, Evelio G. Fontaura, J. Ruiz, Herbert Read, Hem Day, J. Carmona Blanco, Campio Carpio, Eugen Relgis, Ugo Fedeli, Héctor R. Schujman, J. M. Puyol, Angel Samblancat, Dr. Pedro Vallina, Luce Fabbri, J. Capdevila, G. Esgleas, Osmán Desiré.

Precios de suscripción: Francia, 204 francos trimestre; Exterior, 240 francos.

Número suelto, 80 francos.

Faqueteros, 15 por 100 de descuento a partir de cinco ejemplares.

Giros: «CNT», hebdomadaire. C.C.P. 1197-21, 4, rue Belfort, TOULOUSE (Haute-Garonne).

Ayuntamiento de Madrid

CENIT

REVISTA DE SOCIOLOGIA, CIENCIA Y LITERATURA

Año V

Toulouse, Enero 1955

Nº 49

PITAGORAS,

○ LA SABIDURIA DEL SILENCIO

«Todo lo que construimos en la tierra efímera, es como si escribiésemos en la arena: el huracán de la ignorancia humana apaga las obras de los sabios... Atráigamos, sin embargo, hacia el peñasco fatal, cuanta belleza podamos, y que nuestras obras sean fugas de armonía en la luz eterna.» — HAN RYNER (Le fils du silence).



PITAGORAS, el hijo del silencio, pasó 22 años en Egipto, leyendo, estudiando y escuchando a los sabios e hierofantes. En sus comienzos, le ocurría interrumpir a Oinufus, por una pregunta o una objeción. El sabio lo miraba con asombro y durante muchos días callábase como se enmudece delante de una persona sin inteligencia... Y si acaso respondía, dábale cuenta Pitágoras que su respuesta desviada del curso natural, transformábase como el río al encontrar un dique, penoso y perturbador. Resolvió no interrumpirlo más y confectionose para sí un amuleto escrito sobre un papiro, el cual llevó durante mucho tiempo. Decía:

«Oh, Pitágoras, escucha y no interrumpas. Tu voz es el roquedo contra el cual se irrita espumoso el oleaje de las palabras. Y el mal se retira rápidamente, dejándote pobre y árido. Empero, ¿no es acaso tu silencio, el vaso en el cual se precipitan las aguas para enriquecerte?»

Muchas veces Pitágoras respondía a los que le interrogaban: «Yo soy el hijo del silencio. Mi palabra siempre me hace perder algo y mi silencio siempre me hace encontrarlo. Permitid que mi boca permanezca cerrada y mis oídos atentos. Traigo en mí un germen que, en el silencio, se esfuerza por subir y crecer.» Cuando ya realmente era el hijo del silencio, el maestro genial decía: «Permaneced por mucho tiempo silenciosos. No sean vuestras palabras la trampa sonora con la cual cerréis la belleza de vuestra vida. Sea vuestro silencio la abertura por la cual

penetréis de lleno para sublimizar vuestros días. Se vuelve árbol el grano por la tierra subterránea, el niño se vuelve hombre mediante la fecundidad pensativa del silencio. Vuélvete el hijo del germen ignorado, que tú traes en tí mismo y vuélvete el hijo del silencio.»

Sólo después de una práctica silenciosa que abarcaba unos seis años, el discípulo pitagórico era autorizado a traer sus bienes y unirse a la comunidad. Aquellos que no estaban hechos para la vida calma y noble del silencio, se alejaban, pues, se aburrían en una vida noble, serena y calma... Dos años de silencio eran necesarios para ser discípulo admitido en la primera iniciación. Era el «gran silencio». Los tres siguientes eran el período del «pequeño silencio». Mientras tanto, absoluto reposo denominado «purificación de la voz» y que sólo duraba una luna.

El silencio era para Pitágoras, un nombre absoluto que designaba una cosa relativa. Era la denominación pasiva de la actividad interior que Pitágoras muchas veces definía así: «El silencio es el cuerpo de la meditación.» El silencio pitagórico era apenas la disciplina de la inteligencia para alanzar la Verdad y la Justicia, el culto de la Bondad y de la Belleza, en la armonía de los seres. Quería que los hombres viviesen en armonía con los ritmos de la naturaleza, con los ritmos cósmicos... Decía el gran maestro: «Vivir conforme a la naturaleza es vivir conforme con la armonía universal». Porque Pitágoras tenía siempre como idea básica, el transformar la sociedad humana, para darle los fundamentos éticos de una vida conforme a los ritmos naturales. Estudiando las ciencias y procurando descifrar la ar-

monía celeste, Pitágoras quería hacer que las sociedades humanas viviesen dentro de la belleza de los ritmos cósmicos y, por consiguiente, de realizarse su deseo, no serían ya necesarias las leyes de los hombres, o mejor dicho, las leyes humanas deberían desaparecer para entrar en el concierto musical de la armonía universal... Uno de los ideales máximos, soñado por uno de los más bellos sueños de uno de los hombres más puros que Grecia conoció. No quiso fundar religiones, no fué un iniciado o iniciador de misterios mayores, sino un soñador de una sociedad más humana basada y orientada por la armonía universal. Fué el mayor soñador de la fraternidad universal y del verdadero comunismo de Cristo, en que todo debe ser de todos y en el que cada cual debe dar el máximo para el bienestar general, sin la más insignificante parcela de ambición personal o de vanidades pretenciosas.

Es Pitágoras el llamado hijo del silencio, el que en el silencio de sus meditaciones, descubrió que el triángulo es la base de todas las cosas o fundamento del mundo de las formas. Mediante el triángulo y el cuadrado, el gran geómetra descubrió muchos secretos de la naturaleza, y fué a causa de su meditación silenciosa que originó su idea de visitar Egipto, con el fin de buscar a los hierofantes y estudiar con ellos los grandes secretos universales (1). Quería que las sociedades humanas se basasen en la ciencia y se iniciasen en la comprensión de los grandes secretos naturales. Sabía el gran educador que «sin aspiraciones elevadas, la pobre alma humana cae en el error». Aún hoy, Pitágoras nacería fuera de su tiempo...

Nació 590 años antes de la era cristiana... el hijo del silencio. Partió para Egipto a las 17 años y estudió allí 20 años con los sabios de Memfis y Heliópolis. Vencido Egipto por el ejército de Cambisis, rey de los persas, Pitágoras fué llevado con otros sabios para Babilonia, pero en vez de llorar y amargarse por su cautiverio, lo pasó estudiando la sabiduría y la ciencia de Caldea, durante más de 12 años. Vió entonces a los mejores sabios del mundo y con ellos convivió su genio puro de gran idealista y reformador social, aquel genio de la verdad que «juzgó preferible el instruir a los hombres en vez de engañarlos...»

El Instituto pitagórico, el museo y el templo de las Musas, en medio de eipreses y olivares, elevábase en los alrededores de Krotono. Aquella pequeña ciudad de sabios y puros, que abrigaba a unos 2.000 habitantes, fué saqueada y quemada por la multitud, guiada por Cylón, digno representante del Estado, la democracia griega, la demagogía y la tiranía organizada. Pocos escaparon al incendio. Pitágoras erró por los campos y fué a morir famélico y muerto de cansancio, cuando contaba 90 años de edad, en un lugar deshabitado.

El aspirante a la comunidad pitagórica «pasaba la noche en una solitaria caverna de los alrededores de Krotono, en la que el vulgo pretendía que había monstruos y apariciones. Los que tenían fuerzas para soportar las impresiones fúnebres de la soledad y de la noche teniendo miedo de penetrar o huyendo antes de la madrugada eran rechazados como mediocres y débiles».

(1) Era entonces Egipto—cinco o seis centurias A.C.—tierra de grandes sabios y filósofos. La sabiduría del silencio tenía allí gran auge. Narra Paladan: «Los edificadores de la Esfinge granítica eran viejos pensadores, que construyeron esa morada silenciosa, esa afirmación sin palabras, pero quisieron confiar a los mismos hieroglifos, pétreo gesto que impresiona secularmente de manera formidable».—(N. del T.).

les». Esa era apenas la prueba preliminar. La prueba llamada de la vanidad era mucho más seria. El aspirante, sin preparación, era encerrado una mañana, en una celda triste y oscura. Dejábanle una pizarra y le sugerían modestamente que buscara el sentido de uno de los símbolos pitagóricos, por ejemplo: «¿Qué significa el triángulo contenido en el círculo?», o «¿Por qué el dodecaedro comprendido en la esfera es la cifra del Universo?». El aspirante pasaba doce horas en la celda, con la pizarra y el problema, sin otra compañía que un jarro de agua y un pedazo de pan. Luego era conducido a una sala en donde se encontraban los filósofos... «He aquí, decían, un nuevo filósofo que parece inspirado. Ven y cuéntanos tus meditaciones. No nos ocultes lo que has descubierto.»

Pitágoras escrutaba la fisonomía y los gestos del aspirante. Y así descubrió el arte de analizar el carácter por la fisonomía. Su atención concentrada y profunda sobre el rostro del aspirante, penetraba hasta el fondo de su alma. El aspirante «irritado algunas veces por esta investigación y sugestionado por no haber podido resolver el problema, enigma que le era incomprensible, carecía del esfuerzo propio al autodomínio. Algunos hasta lloraban de rabia; otros, vanidosos, respondían con palabras cínicas; otros, fuera de sí, hacían añicos la pizarra, injuriando al maestro, a la escuela y a los discípulos. Entonces entraba en escena Pitágoras diciendo con calma que, habiendo tan mal soportado la prueba, le insinuaba el no volver más a la escuela, de la cual tan mal opinaba y cuyas elementales virtudes debían ser la amistad y el respeto hacia los maestros.»

Cylón, quien persiguió a la comunidad pitagórica hasta extinguirla, fué uno de esos aspirantes y su odio implacable amotinó a la multitud que quemó la pequeña ciudad de sabios de Krotono.

Los verdaderos aspirantes a la comunidad pitagórica soportaban dignamente la prueba de examen, afín de poder obtener aunque fuera una parcela de la sabiduría de Pitágoras. Y recibían las felicitaciones de sus condiscípulos. El orgullo, para Pitágoras, era factor de perturbación y de discordia y el orgulloso no progresa en el camino de la perfección. Se sometían los discípulos a las reglas del silencio y estudiaban durante varios años antes de formar parte como miembros de la comunidad. Eran los oyentes («akusticoi»). Faltábales aún la constancia que subtiliza el espíritu y sólo la prueba del silencio durante varios años, podía afinarles tales cualidades. Acostumbraba decir Isócrates que: «Admiramos más a un pitagórico cuando se calla que a los hombres más elocuentes cuando hablan». Después de esa prueba, podían hablar, exponer sus dudas, sus experiencias o lo que habían aprendido durante el estudio de las meditaciones, pasando a formar parte los verdaderamente capaces de la comunidad.

Los pitagóricos en sus momentos de ocio no cazaban ni pescaban: «Ninguna gota de sangre debe manchar, ningún grito de dolor perturbar la paz y la armonía de la vida sencilla y natural y del ambiente en que vivimos.» El respeto a la vida era el fundamento de la doctrina pitagórica. Jamblico cita el lema de Pitágoras: «Si os obligan a usar armas homicidas, pasáros al otro lado», aconsejaba a los discípulos. Por otro lado, Pitágoras, desconfiaba y con muy justa razón «de la influencia moral de la mujer instintiva y conseguía hacer de la mujer iniciada, la digna compañera del filósofo».

Debido a su humano prestigio, durante más de veinticinco años, los pitagóricos fueron llamados a ejercer el poder regulador y arbitral entre los pueblos y los gobiernos de los países vecinos. De ahí data el arbitraje internacional, la fraternidad ideal de Pi-

lágoras. El principio de la discreción y laconismo pitagórico era simbolizado, era representado por una cabeza esculpida con un dedo indicador puesto encima de los labios, indicando el silencio.

Entre las máximas pitagóricas, escogeremos algunas de belleza incomparable para iluminar nuestro estudio de hoy. Por ejemplo:

«Escribe en la arena los errores de tu amigo.»

«Venera el número 10: es el número de los dedos de dos manos que se estrechan.»

«Amonesta a tu hijo si se entretiene matando insectos: así comienza el homicidio.»

«Las águilas son independientes porque no vuelan en bandos. Los corderos que caminan en rebaños, pierden el sexo y obedecen a los pastores.»

«Si en la tribuna pública os hablan de igualdad sin que os hablen de justicia, haced descender al orador y selladle la boca con el dedo de Harpócrates.»

«Si tratas de vivir en rebaños, soporta a los pastores y a los canes.»

«Escucha: serás sabio; el principio de la sabiduría es el silencio.»

«Si te preguntasen: «¿Qué es el silencio?» Responde: es la piedra fundamental del templo de la filosofía.»

«Mide tus deseos, pesa tus opiniones, cuanta tus palabras.»

«La geometría es la ciencia del filósofo. La aritmética es la ciencia del vulgo, que no aspira más que a hacer mayoría, y la del mercader, ávido de lucros.»

«Una gota de sabiduría vale más que un tonel de ciencia.»

«Mantente en guardia contra la rutina. El imperio del hábito es tan grande que familiariza al hombre con la esclavitud.»

«Prefiere el bastón de la experiencia al carro de la fortuna. El filósofo viaja andando.»

«No gastes más tiempo en preparar tus alimentos que en consumirlos.»

«El agua del manantial es la bebida de los sabios.»

«Sé amigo de la Verdad hasta el martirio, pero no seas su apóstol hasta la intolerancia.»

«Cuando abras un corazón sé una luz que en él penetra.»

«Imita al sabio. —¿Qué hace el sabio? Se busca. —¿En dónde se busca? En todos los seres en los cuales se puede dar.»

«Sé una música. La música es una matemática que canta, que ama y que abre los corazones.»

«Joven, antes que estudiar música, aprende Astronomía... El cielo planetario es más armonioso que la música. Consagra un culto a la armonía celeste.»

«No te juzgues más sabio que el prójimo, pues probarías así que lo eres menos.»

«Perdona a todos, pero no te disculpes a tí mismo.»

«Escribe en la puerta de tu casa lo que los otros escriben en el tumulto del mundo: aquí se reposa.»

«No interrumpas nunca a una mujer que baila para darle un consejo, es decir, no hables de cosas sabias a seres superficiales.»

«Desconfía de la mujer que ríe inmoderadamente: el grito de la hiena se asemeja mucho a las grandes carcajadas.»

«Cuando los otros guerrean, dedícate tú a la agricultura: la agricultura requiere los brazos del hombre libre.»

«La verdadera muerte es la ignorancia. Muchos son los muertos entre los vivos.»

Interminable sería el espigar indefinidamente en ese campo inmenso de belleza, de verdad y de armonía.

A propósito de Pitágoras, dice Schuré: «La escuela pitagórica posee para nosotros un interés supremo, porque fué la más notable tentativa de iniciación laica.

Síntesis anticipada del cristianismo y del helenismo, injertó en el árbol de la vida el fruto de la ciencia. Conoció esa realización interna de la verdad que sólo tiene fe profunda en la fecundidad del ejemplo.»

En el *gymnasium* pitagórico, los jóvenes no encontraban los mismos modos rudos de otras escuelas, nada de gritos violentos, nada de grupos tumultuosos, nada de fanfarronadas ridículas, nada de los alardes vanos de fuerza de los atletas incipientes, desafiándose reciprocamente y exhibiendo sus fuertes musculaturas, sino, grupos de jóvenes afables y distinguidos, paseando dos a dos bajo los pórticos o jugando en la arena. Era con gracia y sencillez que convidaban al recién llegado a tomar parte en sus juegos y en su pausada conversación, como si fuese ya uno de los suyos y sin que lo mancillasen con miradas desconfiadas o sonrisas maliciosas. Pitágoras abolía en su Instituto la lucha corporal, diciendo que era superficial y aun peligrosa, porque se desenvolvía con la fuerza y con la agilidad, el orgullo y el rencor; los hombres destinados a practicar las virtudes de la amistad no debían comenzar por maltratarse los unos a los otros, rodando por la arena como animales salvajes. El odio —decía— nos vuelve inferiores a los adversarios, sean éstos los que fueren.

En el aula, los alumnos veían una estatua de mujer, envuelta en amplio velo, con un dedo en sus labios cerrados: era la musa del silencio. Esa lección y práctica del silencio se origina en la idea que Pitágoras formaba y con justa razón de la enseñanza y la educación, que ejercita a la juventud en la dialéctica y el raciocinio, antes de darle el sentido de la vida, produciendo cabezas viejas y sofistas pretenciosos. Exactamente como hoy, en nuestros propios días...

Y entonces, el maestro esperaba desarrollar mediante el silencio y la meditación, antes que todo, en sus discípulos, la facultad primordial y superior del hombre: la intuición.

Sólo los discípulos de segundo grado penetraban en el recinto de las Musas. En el interior, de forma circular, veíase a Hestia o Vesta, envuelta en velo, sólemne y misteriosa. Su mano derecha erguíase alta, señalando el cielo. Vesta o Hestia simbolizaba la depositaria del fuego cósmico que existe en todas las cosas. En torno de esa bellísima estatua, otras Musas ostentaban, entre sus nombres, el de las ciencias sublimes que simbolizaban: Polimnia, era la musa de la adivinación. Urania, era la astronomía. Melpomene, con su máscara trágica, simbolizaba la vida y la muerte humanas. Estas tres Musas constituían en conjunto, la cosmogonía o física celeste. En otro grupo escultórico estaba Caliope o la medicina, Clio o la magia y Euterpe o la moral. El último grupo estaba constituido por Terpsicore o Terpsicore, Erato y Talia, simbolizando la ciencia de los elementos, las piedras, las plantas y los animales.

Como puede verse, el organismo de las ciencias aplicado al Universo. Sobre las Musas, Pitágoras decía: «Son sólo puras imágenes de las potencias cósmicas, cuya belleza inmaterial y sublimada, podréis contemplar en vuestro interior.»

A causa de esta viva belleza, ambientada con esculturas griegas y árboles milenarios, así como el ameno clima griego, la palabra de Pitágoras, filósofo y artista, fecundaba los espíritus, no habiendo filósofo alguno en todos los tiempos que tuviera discípulos tan felices, tan delicados y tan libres.

Pitágoras decía que el hombre es un microcosmo, un pequeño universo. Y añadía: «Pero este universo está lleno de tempestades y discordias. Pues bien, lo que se procura es realizar en él, la unidad por la armonía. Entonces y solamente entonces, la paz descenderá hacia el fondo de vuestras conciencias... Sólo

por nuestra armonía, confundiéndonos con la armonía universal, podremos penetrar en la esencia de las cosas. La armonía está ya en nosotros; mejor aun, somos una partícula, una chispa de la armonía universal. Pero nuestras tempestades interiores no nos dejan ver la luz.»

Pitágoras adoptó la divisa del pórtico de Delfos: «Conócete a tí mismo y conocerás la armonía del universo.» Su ideal reunía tres perfecciones: realizar la verdad por la inteligencia, la virtud por el pensamiento y la pureza por el cuerpo. Y las mujeres iniciadas en el Instituto pitagórico, recibían los principios supremos de su función, dándoles a las que eran de ello dignas, la conciencia de su papel en el mundo: se les revelaba el verdadero amor, la unión perfecta entre los sexos que es la «penetración» de dos pensamientos, en el propio centro de la vida y de la verdad.

Empero, nos es imposible, en los límites de este estudio, decir la belleza inmortal de la sabiduría pitagórica (1).

MARIA LACERDA DE MOURA

(Versión castellana de Vladimir Muñoz.)

(1) Este estudio de María Lacerda sobre el filósofo de Samos es un escrito póstumo, espigado en su última obra «O Silencio».

Sobre Pitágoras será siempre bueno consultar a los volúmenes que sobre él ha publicado la sociedad humanista gala «Association Guillaume Bude» en su «Collection des Universités de France». (Société d'Édition «Les Belles Lettres», Paris). Textos greco-galos.—(N. del T.).

María Lacerda de Moura



MARIA Lacerda nació el 16 de mayo de 1887. en Manhuassu (Minas Geraes), Brasil, en la hacienda «Monte Alverne», que pertenecía a Francisco de Asís Toledo, su abuelo materno. Era hija de Modesto Lacerda y Amelia Toledo.

En 1892, con su familia, se trasladó a Barbacena, en donde pasó su infancia. Hizo sus estudios primarios en el externato del Asilo de Huérfanas, teniendo como maestra a la hermana Rosa, preceptora religiosa que educó a varias generaciones de la ciudad. Desde la edad de diez a doce años, tuvo la influencia intelectual de su padre, espíritu culto y honesto. En temprana edad, le hacía traducir a Lachâtre, proponiéndose así introducir en aquel joven cerebro en formación, la independencia, el valor y la integridad moral que la caracterizaron en su ulterior vida. En 1900, se matriculó en la escuela normal de Barbacena, en donde renombrados viejos profesores daban sus lecciones. A los dieciséis años, en 1904, terminó sus cursos de maestra. En enero de 1905 se casó con Carlos Ferreira de Moura, su comprensivo compañero durante más de cuarenta años. En los primeros años de su matrimonio, se dedicó a la pintura, al piano, la xilografía, el bordado, etc. En 1908, fué nombrada maestra de trabajos manuales en la escuela normal. Un poco más tarde, fué maestra de pedagogía e higiene y directora del «Pedagogium», anexo a dicha escuela.

María Lacerda, empezó en esta época de su vida, su labor de culturización social, mediante una pedagogía racionalista de amor y ternura hacia la infancia. En su obra póstuma O SILENCIO (El Silencio) recordando esta época de su vida, escribe: «Cuando durante quince años ininterrumpidos, me dediqué al estudio y a la práctica de la pedagogía, psicología pedagógica e higiene infantil, como profesora en una escuela normal y directora de un pedagogium, aun siendo bien moza, nunca imaginé que fuese para sufrir ahora, viendo por todas partes, a mi alrededor, a los niños de hoy tan mal educados... En aquel tiempo me alimenté de todas las ideas pedagógicas contenidas en los libros de los técnicos y filósofos llamados educadores, y repetí, como toda la gente, las frases rutinarias y vulgares, que todo el mundo continúa repitiendo como un eco, porque la humanidad tiene horror de la verdad y cultiva las ilusiones y

la mentira, como miedo de tener necesidad de razonar. Muchas veces en el aula, repetí la consabida frase de Locke, uno de los tales filósofos educadores: «... el niño es una página en blanco, un bloque de cera, en el cual escribimos o en el cual modelamos la imagen que queremos...» ¡Con cuánto entusiasmo yo pensaba que la gente, en un santiamén, podía realizar la transformación radical del mundo! Y qué dolorosa experiencia me aguardaba, experiencia llena de riqueza, un tesoro de sabiduría, para que yo aprendiese a barrer del cerebro, todas las frases preconcebidas y procurase desaprender todo cuanto me enseñaron para ir, por mí misma, a buscar y decir valerosamente la verdad de mi conciencia. Tesoro caído para mí desde el cielo, esa dolorosa experiencia que me abrió los ojos para ver por mí misma, dejando de lado a los llamados maestros intelectuales, para guiarme por mi Maestro interior». María Lacerda pronto se dió cuenta que: «nadie educa, todos deseducan y en la deseducación, cada cual se empeña en enseñar a los niños, una mentira social... una hipocresía, para que pronto aprendan a matar la conciencia interna». Partidaria de los métodos educativos pitagóricos, basados en la filosofía o sabiduría del silencio, comenta: «En vez de las lecciones del silencio y de los métodos montessorianos para el despertar interior de la iniciativa y del control, nuestras escuelas tienen la brutalidad del fútbol y en el hogar, las novelas policíacas de la radio. Bellísima educación de violencia y de crimen, de egoísmo y de los métodos modernos de chantaje, de traición, de brutalidad, y de la futura acción política de los gangsters...»

Esta reacción de María Lacerda hacia la deseducación de la infancia por parte de las instituciones oficiales de enseñanza, dejan ver fácilmente su gran amor por la infancia. Por eso escribe: «... siempre pienso en esas criaturas infelices, a montones criadas y con nombres feos, con los gritos epilépticos y devoradores de ciertas madres, no de las descritas en el brillante trabajo de la poetisa Leonor Pousadas, sino de las otras, ricas o pobres, burguesas o proletarias, todas mujeres del pueblo, de la alta y de la baja sociedad por la deseducación, madres que dejan a los hijos con cualquier criada y cuyas nodrizas o empleadas proceden como describió el malogrado Moncorvo Filho en sus años de pediatra, nodrizas que dan a los niños, no leche sino drogas para hacerlos dormir... Así tienen tiempo

disponible para conversar con los enamorados, mientras que las patronas están en las ruletas, casinos, teatros y visitas. No ha mucho, en Copacabana, murió uno de esos niños en la madrugada, narcotizado con una dosis demasiado fuerte y durmió para siempre.» Y prosigue: «... las madres modernas están perdiendo hasta el mismo instinto animal de la maternidad, y preciso es que volvamos hacia atrás, si no queremos estacionarnos en un grado peligroso de la época más negra de nuestra civilización voraz. Burguesas y proletarias, el problema es igual en el sentido ético, constatando que la proletaria tendría pretextos mucho más serios para limitar la maternidad y es justamente la más sacrificada. Los abortos son en tal número alarmantes, por mediocres motivos en general, como gozar de la supuesta vida, atender a la belleza física, al marido... son en tal número considerables y asustadores que pueden canalizar en terribles proporciones, cuando el problema podría ser razonablemente resuelto con el neomaltusianismo, en los casos justificados, necesarios y naturales. Pero, a esto lo llaman inmoralidad, mientras que matar al hijo en las entrañas todos lo hallan natural.»

Al margen de sus actividades escolares, escribió en su casa dos obras pedagógicas, sumamente interesantes. La primera EM TORNO DA EDUCAÇÃO (Sobre la Educación), le valió elogiosas cartas de muchos escritores, entre los que cabe destacar aquí a José Ingenieros, genial autor de esa perdurable obra que es EL HOMBRE MEDIOCRE, y a José Oiticica, el profesor brasileño siempre animador de AÇÃO DIRETA (Acción Directa) y autor de una reciente obra sobre el ideal anarquista. Alentada por la crítica hecha por Oiticica en el cotidiano EL CORREIO DE LA MANHÃ, escribió la segunda, titulada RENOVACÃO (Renovación). Ambos libros aparecieron, recién acabada la primera guerra mundial. Sobre libre pedagogía aun escribió otras obras: A FRATERNIDADE E A ÉCOLA (La Fraternidad y la Escuela), 1922. LIÇÕES DE PEDAGOGIA (Lecciones de Pedagogía), 1925. FERRER O CLERO ROMANO E A EDUCAÇÃO LAICA (Ferrer, el clero romano y la educación laica), 1934, y PORTUGUES PARA OS CURSOS COMERCIAIS (Portugués para los cursos comerciales), 1940, admirable obra gramatical.

Maria Lacerda, si se dió pronto cuenta de la gran injusticia que se comete envenenando a los niños en las escuelas oficiales con la enseñanza oficial, apta para hacer ciudadanos de mentalidad gregaria, sostenes incoloros de la sociedad madrastra y mercenaria que padecemos, no tardó mucho en apercibirse de la gran barbarie social de nuestra pretendida «civilización» (?). Por eso escribe: «No es desconociendo los problemas de la vida real u omitiéndolos, como podremos auxiliar moralmente a los que sufren por ignorancia de sus deberes como seres humanos. No es fingiendo que no existen tales problemas como podremos mitigar algunos dolores y reeducar los sentimientos de los seres aún animalizados.» «Que los poetas—añade aún—suban con sus instrumentos para cantar la belleza, atisbando las rosadas nubes: es tal vez su misión. Pero, nosotros, los pensadores, tenemos que descender hasta las miserias del rudo pueblo, de la alta o de la baja sociedad, de la cima o de la sima, pues todos son iguales... para hacerlos dar un paso de elevación espiritual. A nosotros nos cabe el crear formas, pensamientos de vida pura, la noción de la responsabilidad y del deber, y en el silencio voluntario, en la soledad y en la meditación de una vida casi asceta, tenemos que hacer algo para despertar lo íntimo de los adormecidos en las aceras de la calzada de la vida. Y no es escondiendo la verdad ni las injusticias humanas, sino defendiendo lo que es noble, teniendo el calor de mirar de frente a la comedia humana de la mentira y los ídolos sociales, teniendo la temeridad en mirar de frente a la hipocresía general que la buena educación convencional cree necesaria al buen entendimiento y a la diplomacia de los salones o del granfinismo exótico e idiota.»

Se inclina, pues, sobre los problemas sociales. Conociendo la dolorosa vida de los desheredados económicos, de los parias sociales que vician en Barbacena en miserables cucitriles, pensó en cómo podría substituirse el ranchario por casitas económicas que mejor resguardasen de las inclemencias del tiempo a aquellos desdichados. Con el entusiasmo propio de la mocedad y asociada a otras jóvenes barbacinenses, organizó unas fiestas de arte, sin demandar ningún concurso a las instituciones políticas o conformistas, las cuales tuvieron un gran éxito y merecieron el apoyo de la mayor parte de la ciudad. Con el producto de dichas fiestas, hizo construir en seguida 22 casitas en la cima de una colina de la ciudad, conjunto al que denominó VILLA D. VIÇOSO, el que siempre sigue existiendo y en la actualidad sirve de albergue a muchos ancianos desprovistos de recursos.

En Maria Lacerda había una feminista de altura. Un médico amigo, le prestó un día un folleto del doctor alienista portugués Miguel Bombarda, titulado «La epilepsia y las supuestas epilepsias», en el que, biológicamente, trata de demostrar que la mujer es una degenerada. Con su hermosa obra A MULHER E UMA DEGENERADA? (¿Es la mujer una degenerada?), rechaza la tesis de Bombarda como sospecha y anticuada. Demuestra que el sexo no tiene inteligencia y que el individuo noble, despreciado y armonioso puede florecer en ambos sexos. Esta obra, que fué traducida al castellano, es sin duda, uno de los mejores estudios que se han escrito al respecto. Forja el vocablo MASCULINOCRACIA, para definir el proprietarismo sexual y social del hombre pretérito y contemporáneo, hacia la mujer, eterna esclava en la comedia matrimonial. Fustiga la crueldad masculina que, instintivamente entiende que la mujer es una presa, apta primordialmente para satisfacer el impulsivismo y la obsesión. «... Al principio me costó creer que aquellas manchas rosadas en los rostros de las madres en estado de gravidez, fuesen debidas a puñetazos brutales de maridos bien colocados en los empleos públicos... o de carboneros o carroceros, todos actuando en idéntica forma, los mismos trogloditas feroces para ellas, y estas infelices se vengaban luego de la misma manera con sus hijitos.» Se eleva contra la prostitución sexual, lacra inherente a la sociedad arquista. Y conferencia continuamente para dignificar a la mujer. Sigámosla en una de sus páginas póstumas, cuando nos narra:

Hace unos días, en uno de mis viajes en la barca, para la isla, me senté en un rincón abrigado del viento. Serían las ocho de la mañana. Poco después llegaron hacia el mismo resguardado rincón, dos mujeres, madre e hija, ya maledadas y experimentadas, preocupadas en hablar mal de alguien, en voz bien alta; en el banco de enfrente se encontraba una mujer del pueblo. Detrás de ella, dos o tres hombres trajeados, y los otros bancos, llenos de marineros, soldados, profesoras y hombres de trabajo. En la mitad del viaje, subió a la embarcación y vino hacia nuestro refugio, una mocita de unos 16 o 18 años, de esas que la maldad o la ironía humana denominó de «vida alegre», pero cuya vida es la más triste, desoladora y deprimente que puede haber. Toda mujer superior debería sentirse cómplice por la degradación a la que llegan tales pobres seres en su mayor parte inconscientes, sacrificadas por las necesidades de los hombres, los cuales siempre se consideran puros, serios y llenos de la más alta moralidad...

«Venía vestida ridículamente, con traje de playa, viejo y arrugado, posiblemente heredado de otra ahora mejor acomodada, criatura del pueblo, sin ninguna educación e imitando todos los vicios y defectos de las pequeñas burguesas bien vestidas. Fumaba, se exhibía, andaba por la barca llamando la atención, sacándose irreverentemente los zapatos y las medias para examinar las uñas pintadas, toda ella exageradamente maquillada, una de esas figuras para llenar de amargura nuestros sensibles corazones.

«Todos la observaban con aires de superioridad, con aires

virtuosos, sin ninguna compasión; vi dos de sus ingenuos gestos de casi una niña y sentí un dolor profundo por su inconsciencia tan descuidada, por su futura desgracia, por su ruina precipitada inevitablemente, ella que tan inocentemente se entregaba a la vida, las censuras y las miradas lascivas de los seres humanos. Por tres veces se levantó y se sentó inquieta. Cuando se sentó por cuarta vez, las mujeres ya reían a carcajadas, y todos, hombres y mujeres entretejiéndose, buscaban mi mirada y mi aprobación como una complicidad en la censura colectiva que abiertamente le hacían, con mutuas sonrisas y miradas llenas de lascivia.

«Sentí en mí una rebeldía interna contra la virtud problemática de aquellos hombres y mujeres... Cerré mis ojos para mirar dentro de mí misma. Silenciosamente, permanecí sin querer ver nada y sólo, continué viendo con amor a aquella criatura, con mucha pena por su desventura presente y futura; pero sufrí más aún, por la impertinencia de las sonrisas y de las miradas de quienes, considerándose muy virtuosos, hombres y mujeres, censuraban a la jovencita inconsciente encaminada por la sociedad hacia una encrucijada inevitable, con el fin de resguardar a las hijas de los ricos y de los potentados. Pero ¿es acaso más culpable aquella infeliz o aquellos hombres y mujeres que se colocan en el lugar de jueces de las desgracias humanas?»

Analizando el problema del amor, María Lacerda concluye, considerándolo en el aspecto meramente físico por sus consecuencias sociales, en el neomaltusianismo. Malthus es lo razonable en cuanto a su teoría basada en la limitación de los nacimientos. Pero la castidad que preconiza es absurda, puesto que en el ser humano existe potente el instinto genésico, canalizado en el impulsivismo sexual. Reconocer este instinto y canalizarlo científicamente, tal fue la misión de Paul Robin y de los apóstoles del neomaltusianismo. Estudia todo esto magistralmente en su obra AMAI E... NAO VOS MULTIPLIQUEIS (Amad y no os multipliquéis), en donde, con la maestría que es peculiar en ella, analiza luminosamente, todos estos problemas.

Pero María Lacerda no se detiene aquí. Para ella el Amor trasciende al sexo. Es pluralista, combate el matrimonio y la hipocresía monogámica. Defiende la tesis amorosa de los anarquistas científicos americanos, como Stephen Pearl Andrews, sobre el pluralismo amoroso. Y encuentra un sentimiento análogo al suyo en el sentir amoroso de Han Ryner. Analizando la obra pluralista de este último, escribe su obra HAN RYNER E O AMOR PLURAL (Han Ryner y el amor plural), de la cual numerosos fragmentos aparecieron en la revista «Estudios» de Valencia (España).

En María Lacerda, ya mujer y encontrada a sí misma, tenemos el ejemplo de un ser excepcionalmente dotado que, a imagen de la Hiparca de la antigüedad uniéndose al jobrado Crates, prefiere la sabiduría al espejismo de la «belleza» física. María Lacerda es una pensadora neoestoica. Busca la belleza espiritual, la belleza interna. No nos habla del estoicismo falso de un «Marco Aurelio que escribe máximas de sabiduría y luego va a hacer la guerra a los sarmatas», sino de «las máximas de Epicteto, de aquel esclavo que fué un hombre libre por su realización interior». Entendido así, María Lacerda—una de las figuras más sublimes del neostoicismo contemporáneo, piedra angular con «Han Ryner, nos dice, es la síntesis de toda la grandeza estoica—no debe extrañarnos que calificase a este último de su gran amor. En el sentido ético, debe entenderse. «Han Ryner, nos dice, es la síntesis de toda la grandeza que las civilizaciones conservaron de sus primogénitos. Es la más alta mentalidad de nuestro siglo. En él se encuentran las más bellas y heroicas revelaciones de cuanto es grande, noble y santo en el alma humana; las más tiernas manifestaciones del amor eterno, desdoblado hasta el infinito; las más altas concepciones de las verdades intangibles; todo cuanto amplía el horizonte de la razón, todo cuanto libera el pensamiento y el corazón; todo lo que tiende a despertar los pensamientos de una inmensa claridad

de ternura para contener otros pensamientos; todo lo que estimula y protesta silenciosamente contra la cicuta, la cruz, los instrumentos de suplicio y todas las inquisiciones—políticas, religiosas y sociales—desde el martirio de las hogueras hasta el martirio degenerado de las máquinas trituradoras del cuerpo y de la inteligencia. Todo, desde la máxima sabia de Buda: «El odio no se mata con el odio; el odio sólo muere con el amor», hasta la sabiduría socrática: «Solamente sé que nada sé». Todo esto constituye la base ondulante, vaga y luminosa de su ensueño metafísico que el admirable filósofo enriquece llegando hasta Sócrates: «Cónócete a ti mismo para que aprendas a amar». En casi todos sus libros posteriores a su conocimiento ético con el autor de «Psicodoro», María Lacerda comenta a Han Ryner, como así en casi todos sus escritos por diversas publicaciones, haciéndolo conocer como el Sócrates del siglo vigésimo... Tenía el proyecto de traducir todas las obras rynerianas al lusitano, proyecto que su muerte frustró y sólo ahora debe aparecer la utopía LES PACIFIQUES, con el título de NO PAIZ DOS HOMENS LIBRES (En el país de los hombres libres).

Aunque María Lacerda se elevaba contra la maternidad inconsciente, amaba con maternal ternura a todos los niños. «Siempre vi, escribe, en la práctica de la concepción de los hijos surgidos al azar o al descuido; un crimen contra la belleza de la creación humana. Y finalmente ¿qué es lo que somos todos nosotros? Engendros del azar, muchas veces del descuido, siendo no pocas veces recibidos con muy mala voluntad, por lo cual tenemos mucho derecho en reclamar más comprensión... Esta es la verdadera situación. Poquitos, rarísimos son los hijos del amor verdadero, del deseo de traer a la tierra un ente más perfecto que nosotros, un hijo que fuese una obra de arte, de belleza, de sabiduría, de serenidad y de pureza.» No habiendo tenido ella ningún hijo, adoptó a una pobre huérfana que vivía con su abuelo enfermo. La hizo estudiar en la misma escuela que ella estudió en otros tiempos, como así a uno de sus sobrinos, hijo de su única hermana, como ella maestra, y vuelta paralítica.

Con estos dos hijos adoptivos, acompañada de su comprensivo compañero, deseando un campo más vasto para sus actividades intelectuales, se trasladó en agosto de 1921, a la gran ciudad de Sao Paulo. El contacto con la gran urbe fué para ella de gran valor educativo. Se dió cuenta en seguida de la falsa ruta urbica de nuestra civilización arquista y luchó por un ruralismo económico y pedagógico, enfocado libertariamente. Puede encontrarse esta posición suya en sus artículos publicados en un diario de Río, con el título de PROBLEMAS RURAES E SOCIAES (Problemas rurales y sociales). En él combate la emigración euroasiática, fomentada por el Estado y cruelmente abandonada en el «hinterland» brasileño, después de la primera guerra mundial, como así hace a ver el estado de pauperismo en que se encuentra el interior del gran país sudamericano, citando a menudo el gran libro de Paulo Prado RETRATO DO BRASIL (Retrato del Brasil).

En Sao Paulo conferencia a menudo y escribe en diversos periódicos y publica algunos libros: A MULHER E A MACONARIA, A MULHER MODERNA E O SEU PAPEL NA SOCIEDADE ATUAL E NA FORMAÇÃO DA CIVILIZAÇÃO FUTURA, RELIGIAO DO AMOR E DA BELLEZA y DE AMUNDSEN A DEL PRETE, entre otros estudios. Mujer íntegra y valiente, sola con su pluma hizo frente a la invasión diplomática mussoliniana que trataba al Brasil como tierra conquistada, en ocasión del viaje del aviador fascista Del Prete, con artículos publicados en «El Combate», lo que tuvo una enorme repercusión en el país y motivó la supresión del órgano fascista italiano publicado en Sao Paulo con el título «Il Popolo». Esta campaña antifascista motivó que se la calumniara y denigrara, cosa común en todos los tiempos por parte de los mediócratas hacia los seres dignos e idealistas. Pero María Lacerda, aclaró

lo sucedido en su librito *DE AMUNDSEN A DEL PRETE* (1928). Al año siguiente, 1929, se le pidió que conferenciase en Argentina, lo cual hizo, recorriendo algunas ciudades en donde dió conferencias que tuvieron gran éxito.

Maria Lacerda era apátrida «sem patria» como ella decía. Pero debido al clima bonaerense, ansiaba retornar en seguida al dulce clima carioca, adaptado a su organización física, pues se encontraba a menudo agripada. Lo cual quiere decir que, se puede ser apátrida y amar un lugar determinado de la tierra más que otro, por causas climatológicas, afectivas u otras... Desembarcada en Río, pronto se fué a airear sus pulmones por Botafogo y grande fué su satisfacción al encontrarse de nuevo allí.

De retorno de Argentina, se fué a vivir a Guararema, lugar próximo a Sao Paulo y que afecionaba mucho, porque en él residía a la sazón su amada madre. Allí escribió su obra *CLERO E ESTADO*, como también el magnífico libro *CIVILIZAÇÃO, TRONCO DE ESCRAVOS*. El folletito antimilitarista *SERVICIO MILITAR OBLIGATORIO PARA A MULHER-RECUSO ME E O DENUNCO* data también de ese tiempo. A causa del reumatismo, trasladó su residencia a Río en 1934, en donde prosiguió su acción liberadora. Conferenció a menudo y escribió numerosos artículos. En 1935, retorna a Barbacena, pero como era entonces tiempo de dictadura, se le negó una cátedra cualquiera en los establecimientos de enseñanza de la ciudad, porque en los archivos de la policía de Minas Geraes, constaba como una «comunista peligrosa» (?). Después de cierto silencio a causa de los acontecimientos políticos del país, retorna a Río en 1937, en donde vivió con ciertas dificultades materiales, al no querer depender exclusivamente de su compañero, materialmente considerado. Luego vino la cruel guerra, la pérdida del contacto con sus amigos del Viejo Continente, entre los que cabe destacar a Han Ryner y toda esa época tan negra de la humanidad aun en el llamado Nuevo Mundo, pues como es sabido de todos, motivó el suicidio de Stefan Zweig, en el mismo Brasil (Petrópolis). Maria Lacerda fué a vivir a la isla del Gobernador, situada en la bahía de Río, y pasó todos esos años estudiando a los filósofos de la antigüedad, además de ciertos temas que le interesaban. Algunas veces conferenció en Río, como es de ello testimonio su última y póstuma obra *O SILENCIO* (El Silencio), de la que he extraído la mayoría de sus pensamientos transcritos en este estudio, publicada por su ex compañero y que trata de la filosofía del silencio, basada primordialmente en el gran filósofo de Samos, el inmortal Pitágoras.

Al morir su madre en 1944, su salud sufrió considerablemente, pues era uno de los seres que más afecionaba en el mundo, el cual la alentaba y comprendía en sus ensueños de redención humana. A causa de ello, volvió definitivamente a Río, en septiembre del mismo año. Presintió entonces una crisis funesta, yendo desde enero hasta abril de 1945. «Si me salvo, confesó a sus íntimos, viviré hasta los ochenta años». Al presentir su fin, retornó a la isla y revisó toda su correspondencia acumulada durante varios años, así como todos sus libros. Legó sus libros a los amigos y a una institución carioca, y los retratos de Tolstoi, Han Ryner (éste dedicado), Beethoven y otros, pasaron a los íntimos.

Maria Lacerda murió en Río de Janeiro el 20 de marzo de 1945. Su entierro fué modesto, sin coronas y según sus deseos, con algunas flores sobre su cuerpo. Con Maria Lacerda desapareció una de las mujeres más dotadas y admirables que hayan existido en América, uno de esos seres realizados, tan raros en el mundo, uno de esos excepcionales sabios que pasaron por la vida semant a tout vent la Voluntad estoica de armonía.

Y, antes de dejar caer el punto final, sería gran injusticia por mi parte silenciarme acerca de su compañero, hombre comprensible que siempre alentó a su noble compañera. En su obra *¿ES LA MUJER UNA DEGENERADA?*, Maria Lacerda escribió:

«A mi Carlos, al más abnegado de los amigos, al más afectuoso y leal de los compañeros—esposo y hermano—a quien debo una enorme gratitud por la delicadeza con la cual identificó su vida con la mía, en la lucha de cada instante, en las esperanzas y las amarguras de cada día, al perseguir un ensueño siempre fugaz y siempre rebelde.

»A mi Carlos que supo comprender toda la grandeza de mi idealismo de pensadora impenitente, siendo digno de mi profundo reconocimiento por el modo con que renunció a los prejuicios para hacer una vida conyugal enteramente diferente de la vulgaridad, de abnegación y lealtad excepcionales, contribuyendo a la verdadera felicidad en el hogar —a mi mayor amigo—mi más afectuoso y fraternal beso. Nuestra vida es el mejor ejemplo de que la verdadera emancipación femenina no representa la destrucción del hogar, al contrario: cuando los hombres y mujeres se hacen dignos unos de otros, por la superioridad moral, cuando se elevan a las alturas del gran amor que exalta y purifica, sintiendo la significación de la existencia, entonces comprenden la razón por la cual los precursores se sacrificaron en torno a una Idea.»

Vladimir Muñoz

BIBLIOGRAFIA

(Lista incompleta)

- EM TORNO DA EDUCAÇÃO (1918).
- PORQUE VENCE O PORVIR (1919).
- RENOVAÇÃO (1919).
- A MULHER E A MAÇONARIA (1922).
- A FRATERNIDADE E A ESCOLA (1922).
- A MULHER HODIERNNA E O SEU PAPEL NA SOCIEDADE ACTUAL E NA FORMAÇÃO DA CIVILIZAÇÃO FUTURA (1923).
- A MULHER E UMA DEGENERADA? (1924).
- LIÇÕES DE PEDAGOGIA (1925).
- RELIGIAO DO AMOR E DA BELLEZA (1926).
- DE AMUNDSEN A DEL PRETE (1928).
- CLERO E ESTADO (1931).
- CIVILIZAÇÃO-TRONCO DE ESCRAVOS (1931).
- AMAI E... NAO VOS MULTIPLIQUEIS (1932).
- HAN RYNER E O AMOR PLURAL (1933).
- SERVICIO MILITAR OBLIGATORIO PARA A MULHER, RECUSO-ME E O DENUNCIO (1933).
- FERRER, O CLERO E A EDUCAÇÃO LAICA (1934).
- PORTUGUES PARA OS CURSOS COMERCIAIS (1940).
- O SILENCIO (1948).

Colaboración en diversos diarios y revistas, notablemente en *ESTUDIOS de Valencia* (España).

Fueron traducidas sus obras *¿ES LA MUJER DEGENERADA?* Buenos Aires (1925), y *¿SERVICIO MILITAR OBLIGATORIO?* Buenos Aires (1934).

Entre sus traducciones figuran: *NO PAIZ DOS HOMENS LIBRES y O QUINTO EVANGELHO*, ambas de Han Ryner y en catálogo de edición.

Sobre Maria Lacerda, ignoro si se ha escrito algo. Tan sólo sé de un artículo en francés y es también mío («Maria Lacerda de Moura», par V. M. CAHIERS DES AMIS DE HAN RYNER, núm. 30, p. 3, 4, 5 y 6. Tercer trimestre de 1953).

LA AUTORIDAD NO ES UN FLAGELO DE LOS CIELOS



La libertad no es un término abstracto, ni una ficción, ni una ilusión. No lo es a despecho de las conclusiones muy sutilmente pesimistas de toda suerte de pensadores metafísicos que, protestando airadamente de tal condición, contribuyeron poderosamente a ensombrecer el panorama moral del hombre. El examen más empírico de las manifestaciones y tendencias íntimas del individuo colocan la lucha por la libertad, bajo diversas expresiones, en el primer plano de las inquietudes humanas. En los episodios más rudos y violentos de la historia está siempre presente el conflicto entre la libertad y sus limitaciones de diverso orden. El primer vagido del hombre es ya una protesta contra un obstáculo a la libre expansión. Las tribulaciones de la niñez y de la adolescencia son una lucha sorda para sortear tutelas e imposiciones enojosas. En el fondo de la prehistoria, la llamada lucha por la existencia tiene como base una pasión de des envolvimiento sin límites; o si se quiere, un sentimiento de libertad grosero que el tiempo y la evolución moral irán refinando.

PARENTESCO DE LA LIBERTAD Y LA AUTORIDAD

Hay en nosotros la inveterada costumbre de definir la libertad como un objeto diametralmente opuesto a la autoridad. Desde que fué descubierta ésta como el enemigo natural de la primera, libertad y autoridad han quedado definidas como realidades respectivamente extrañas, como miembros de familias o linajes dispares. Juzgándolas ambas por sus manifestaciones, esta definición parece concluyente. Puesto que la libertad y la autoridad se hallan trabadas en perpetuo conflicto parece evidente que existe un abismo sin fondo entre ambas realidades, en cuanto a su origen y naturaleza. No obstante, los hechos y la experiencia demuestran lo contrario. Ambos fenómenos se producen siempre como un solo fenómeno. Cuando se clama por la libertad se alude siempre a la autoridad, y viceversa, cuando se reclaman medidas rígidas o brutales de coerción se apunta implícitamente al fuero de la libertad. Esta coincidencia es por demás sintomática. La coexistencia permanente de ambas manifestaciones, tan íntimamente relacionadas como la luz y la sombra, o como el calor y el frío, no es una casualidad. Los físicos, por ejemplo, definen el calor y el frío como dos manifestaciones de un solo fenómeno real: el calor. Según aquéllos, el frío no es sino más o menos calor.

FATALIDAD DE LA CONVIVENCIA

Un examen somero de las condiciones de evolución de la materia, de los astros y de los seres orgánicos, nos lleva a la conclusión de que en el Universo no existen—en sentido absoluto—compartimientos estancos, ni cantones aparte, ni jurisdicciones rígidas. Pero sin que el Universo sea, ni mucho menos, esa armonía y perfección absoluta que han exaltado en sus arrebatos líricos los naturalistas del siglo pasado, no es menos cierto que en el orden del Universo físico hay tantas soberanías como limitaciones. Las órbitas

en que evolucionan los planetas no son matemáticamente regulares como se había supuesto; pero no dejan de ser órbitas, limitadas y condicionadas por las órbitas de otros planetas. La fuerza centrífuga se halla condicionada por la centripeta y viceversa. La segunda es una limitación de la primera. Una termina donde empieza la otra. Y ambas fuerzas concurren tan estrechamente que se hace difícil aludir a una sin que se sobreentienda la otra. De no existir este equilibrio de fuerzas, no por lo relativo menos evidente, el resultado sería el caos: la imposibilidad de la coexistencia. Existe, pues, el fuero, compartimento o cantón aparte, pero siempre limitado por otros fueros, compartimientos o cantones. Evadirse de esta fatalidad sería comprometer la coexistencia y la existencia misma.

EL FUERO DE LA LIBERTAD INDIVIDUAL

El hombre, considerado como ser moral, no escapa a lo que podríamos llamar fatalidad de la convivencia. A su formación biológica ha contribuido una serie infinita de causalidades. Parodiando a Elíseo Reclus, el hombre no es más que la Naturaleza formando conciencia de sí misma. Esta definición no tiene por sola intención la supresión radical del fantasma divino. No es solamente una negación de la superchería religiosa que supone un Universo regido por un ser supremo, ni es meramente la exaltación de la Naturaleza a la condición de única realidad autosuficiente; ni un pomposo homenaje al hombre en tanto que hijo predilecto, obra maestra o representante plenipotenciario de la diosa Naturaleza en la Tierra. Confirma la vinculación de la realidad-hombre al orden general de realidades naturales, en las cuales tiene sus antecedentes y de las cuales, en muy cierto modo, depende. Le es imposible al hombre evadirse de esa interdependencia que le adhiere a su matriz creadora, el medio, y a sus semejantes. La evolución psicológica (moral e intelectual) del hombre, podrá dispensarle un más amplio y racional uso de su libertad de movimiento, pero siempre encontrará ante él, cerrándole el paso, limitaciones que no es dable violentar impunemente. El castigo a todo desafuero de este orden es siempre la rotura del equilibrio natural y la provocación a su paso de reacciones violentas.

LA EXALTACION INDIVIDUALISTA

Los sufrimientos impuestos al hombre por toda una serie de coacciones sociales, y las deficiencias, desilusiones y fracasos experimentados en sus ensayos manumisores, le han empujado desesperadamente hacia la trinchera del individualismo. El individualismo no es en el fondo más que una resolución desesperada por salvarse aisladamente el hombre que se estima desasistido por otros hombres, parias como él, en la empresa por la libertad. Este repliegue individual, este irse por las suyas, este «el que quiera que me siga», y el fárrago de teorías más o menos ingeniosas

a que ha dado lugar, explícita o implícitamente es la resolución de los desesperados. El hombre, atado al hombre por el cordón umbilical de la Naturaleza, no puede salvarse solo. La fatalidad de la coexistencia une su destino la de los otros hombres, a todos, absolutamente a todos los hombres, a los parias como él e inclusive a los victimarios. La posición rabiosamente individualista y clasista, la que plantea el problema de la emancipación del individuo o a lo máximo la de la clase, no puede resolver el problema de la libertad. Del individualismo y el marxismo ha surgido—por si hubiera pocos—otro antagonismo de funestas consecuencias en nuestros días: la puesta en la picota de todo hombre que no pertenezca a la condición o clase consagrada como elegida. Ha considerado como criaturas irredimibles, agobiadas por todos los vicios y deformaciones morales, el individualista al gregario; el revolucionario al reaccionario. A ello ha seguido una propaganda demagógica de odio sin cuartel, de guerra con promesas de exterminio; una desestimación en bloque de la clase opuesta sin discriminación racional de los individuos que la componen; un veredicto definitivo sobre la condición perniciosa innata de estos individuos. Huelga señalar que la contrapropaganda ha sido de la misma factura absolutista y arbitraria, con lo que el individualismo y el clasismo rabiosos—este último ha alcanzado su expresión más morbosa en el régimen soviético—han engendrado el autoritarismo no menos hidrófobo conocido en nuestros días por fascismo o totalitarismo.

LA COOPERACION LIBERADORA

Si no es dado al hombre salvarse solo, tampoco es posible a la clase prescindir de la cooperación liberadora. Sólo a las novelas policíacas, tan en boga, a las antiguas películas de héroes y villanos y a las insípidas novelas por entregas, y ahora al marxismo, y al clasismo, marxista o no, debemos ese concepto monstruoso sobre el delincuente nato e irredimible, el traidor de condición, el ladrón de honras por naturaleza y el reaccionario de casta o clase.

Todas estas aberraciones apreciativas, policíacas, películas, noveleras y demagógicas han sembrado la tierra de fronteras sociales, nacionales, raciales y, por ende, morales. La propaganda más bien intencionada, la que tiene por objetivo reivindicar la libertad, ha sido afectada, infectada, de una orientación no solamente negativa sino contraproducente: la libertad deseada es aquí la victoria de la clase propia sobre el campo de exterminio de la clase contraria. Se aspira a vencer y no a convencer, y jamás será posible plenamente, en un sentido taxativo, esa imagen tan cara a los demagogos de tribuna que nos habla de «auroras de libertad sobre las ruinas humeantes de la sociedad reaccionaria». De las ruinas humeantes de la sociedad reaccionaria no podrá brotar otra cosa que una nueva reacción tanto o más virulenta que la destruida. Porque el germen liberticida no está en la sociedad ni en la clase: reside en el hombre, en el individuo, o, más exactamente, en la dirección única imprimida por él a sus impulsos de libertad.

LIBERTAD DE DIRECCION UNICA

Hemos señalado que la libertad y la autoridad no son, en cuanto a su origen, tan antitéticas como a simple vista pueden parecernos. Los puntos opuestos de una misma línea recta forman parte de esta misma línea recta. Lo mis-

mo ocurre con la libertad y la autoridad. La libertad más sinceramente sentida puede trocarse en autoridad químicamente pura. Basta para ello con que la libertad sea impulsada en un sentido único y no recíproco. La historia de todos los movimientos liberadores, tan pródigos en sus resultados reaccionarios, abona esta tesis. Y no precisamente por interponerse en los tales movimientos la violencia revolucionaria. La libertad por sí misma, la más inocua aparentemente, puede producir reacciones contrarias a sus fines. Llamamos libertad de dirección única a la que cubriendo la acción de un individuo no tiene en cuenta la libertad de otro u otros individuos. Aquella que no reconoce límites, autonomías ni soberanías. Aquella por la que el individuo no tiene en cuenta que más que ser independiente, absoluto, forma parte, con todos los inconvenientes y ventajas, de una comunidad de individuos, y que su valor como tal, en tocante a derechos, es equivalente, exacto, igual, al de sus semejantes. La de quien, evadiéndose de las realidades fatales de coexistencia, ingrato al favor de las condiciones externas que determinaron su vida, y so pretexto de que su libertad es inviolable, ilimitable, viola, atropella y desborda la libertad ajena. Porque, evidentemente, la libertad propia tiene un límite: aquél tras el cual empieza la libertad del prójimo. Esta facilidad que tiene la libertad de traspasar los límites propios, y la reacción contraria que transgrede los suyos al objeto de salvaguardarlos, hacen bueno el ejemplo según el cual la libertad y la autoridad tienen sus camas pared por medio. Añádese a esto que no hay ningún tirano que consienta en reconocer sus intenciones como reaccionarias. Al oírles, todos proceden en nombre de la sacrosanta libertad. El terrorismo revolucionario más sanguinario tiene también por musa a la libertad. La libertad y la autoridad se hallan frecuentemente separadas por una tela de araña.

LIBERTAD DE DIRECCION RECIPROCA

Es la sola aceptable y realizable. Es aquella que partiendo de la necesidad natural de coexistencia, de la fatalidad del hecho social, de la insuficiencia del hombre como individuo aislado, de su calidad de hijo de la Naturaleza y de hermano y ser igual de todos y a todos los hombres, considera, mide y justiprecia que iguales derechos les amparan. Es la libertad que no conoce límites salvo los de la libertad fronteriza. La que define la autoridad no como un cuerpo propio, no como un flagelo llovido del cielo, un político, un gobernante, un decreto y una retahila de códigos, sino como simple libertad por encima de la misma libertad. La que cree armonizables a su solo conjuro, la libertad rectamente interpretada, de sentido recíproco, los diversos intereses—no siempre generosos ni mezquinos—de todos los hombres, su disparidad de gustos, de apreciaciones, de iniciativas, de temperamentos, de ideas, de creencias, etc. Aquella, en fin, que sabe de la tolerancia, del sacrificio libremente consentido, de la abnegación, del respeto, de la magnanimidad, que es reacia a acometer y pronta a pactar; la que mediante la evolución de la mentalidad del hombre, de su esfuerzo y de su voluntad creadora será garantía de un nuevo orden social en el que el hombre en su comuna, la comuna en su comarca, la comarca en su región, gozarán plenamente, sin extorsiones, mediante la estricta práctica de relaciones federalistas, y pactos libres, toda la INMENSA cantidad de libertad posible.

José PEIRATS

PROYECCION HUMANA DEL ANARQUISMO



UNA parte del mundo docto oficial, pensadores, filósofos y hombres de ciencia también, hacen por ignorar las ideas anarquistas. Hombres de Estado eminentes, políticos de muchas luces, algunos las combaten con saña, otros las juzgan compasivamente o con cierta piadosa benevolencia, y los más las presentan desfiguradas o hablan de ellas de oídas. No debe extrañarnos. El saber oficial es por tendencia conservador. Evolucionan lentamente. El saber oficial académico fija. El pensamiento libre **revoluciona, renueva**. Su energía creadora no pueden contenerla la ciencia y la sabiduría consagrados. Aun muy recientemente, en una conferencia pública, el distinguido pensador Henri Lefebvre, marxista, reclamaba para el marxismo « *droit de cité* », en las cátedras. El peso de los socialistas demócratas contando con conspicuos e ilustres representantes en todas partes, en los medios oficiales, no han podido obtenerlo. No es sorprendente, pues, que la conspiración de silencio alrededor del anarquismo y de las obras de sus más preclaros representantes, no siendo doctrina grata a los poderes constituidos y a las fuerzas imperantes, se muestre tan absoluta y se practique con tanto rigorismo tácito. La asfixia moral aplicada al anarquismo es una especie de cruzada que practica la perfidia, el pánico o la pereza mental bajo la influencia de las corrientes dominantes en una época y de la adaptación de los espíritus pusilánimes a las mismas.

Y sin embargo, las ideas anarquistas, los principios y postulados del anarquismo, adquieren cada día mayor extensión; **penetran** al hombre; toman cuerpo en las variadas manifestaciones de la vida social, cultural, de relación y de convivencia humana, confirmando la sentencia clarividente de Bovio: « Anárquico es el pensamiento y hacia la anarquía va la Historia ».

Esa Anarquía en movimiento y con proyección humana, ha sido definida por Eliseo Reclus como « la más elevada expresión del orden », y por Kropotkin como la manifestación más evolucionada de la Ética libre, sin sanción ni obligación.

Y a pesar del mutismo oficial y, del de los que quieren pasar por bienquitos y guardar las buenas formas, para que al dar la mano a un anarquista no se les confunda con veleidades de amistad con herejes iconoclastas o apestados calificados injuriosamente de « terroristas » y de « asesinos », olvidando voluntariamente que el anarquismo ha dado algunos de los más bellos specimens humanos, santos entre los hombres santos por sus bondades y por su altruismo (caso de Fermín Salvochea, por no citar otros), las ideas libertarias adquieren nuevas sim-

patías, se abren camino. Y muchos ensayos renovadores actuales, practicados por hombres que no se llaman anarquistas, se inspiran de sus principios.

¿Cuáles son estos principios? La negación de la autoridad, de la coerción, del Estado; la afirmación del hombre libre, dueño y soberano de su conciencia, de su alma, de su cuerpo, de la integridad de su persona; la convivencia libre en el libre pacto, en la cooperación, en la solidaridad; en el reconocimiento implícito y expreso, de derecho y de hecho, de cada individuo a ser el mismo, a vivir su propia vida; el reconocimiento del mismo derecho imprescriptible a los demás; el respeto mutuo, sin sujeción a jerarquías ni a convencionalismos hipócritas; la tolerancia y la negación de todo dogma, de todo absolutismo, de todo totalitarismo.

Libertad, federación, solidaridad, valores esenciales en el anarquismo, he ahí lo que reclama la voz profunda de la conciencia humana vigilante y alarmada, para evitar que la Humanidad se hunda por un larguísimo período histórico en los abismos pavorosos de los totalitarismos prepotentes y suicidas, que tienen su más perfecta expresión en la gigantasia de los Estados y de las fuerzas opresoras invadiéndolo todo, no respetando nada, queriendo fabricar y modelar al hombre bajo su concepto y patrón despótico, reduciéndolo a robot, sumiso, esclavo, con alma y cerebro mecanizado y sacrificado al más frío de los monstruos, como llamaba Nietzsche, el lírico cantor de las fuerzas indómitas y sin piedad, al Estado, voraz Moloch que, de uno a otro confin de la Tierra, con denominación democrática o dictatorial, dispone de la vida y de la hacienda de los súbditos, a las cuales no cabe otro recurso que el de la suprema rebelión, que el de la desobediencia consciente.

Ese Estado, que el mismo Lenin, y Marx también, han considerado que el proceso de evolución histórica condenaba a desaparecer, y que hoy más que nunca, de Oriente a Occidente, de un extremo a otro del mundo, constituye el peligro número uno del género humano, pues en él se condensan las fuerzas opresivas, destructoras y guerreras, las formidables potencias ciegas, deshumanizadas de los Apocalipsis en ciernes, ha sido y es combatido irreductiblemente, obstinadamente por los anarquistas. Hitler y Mussolini, por no hablar más que de los muertos, se dan la mano con Stalin en la consagración del Estado. Y las democracias modernas van directas al totalitarismo también a medida que el poder del Estado acrece su dominio.

Heriberto Spencer tenía visión certera cuando manifestaba que había demasiadas leyes y apuntaba la necesidad de que el hombre le disputara al Estado su dominio y su intrusión en lo que debería ser jurisdicción única del hombre mismo.

El anarquismo no es un ideal caduco ni arrinconado. Es una corriente humana en desarrollo, que expresa el sentido vital y consciente del hombre y de la Humanidad y su voluntad de ser a través de toda la universalidad de sus manifestaciones, teniendo por punto de apoyo la solidaridad humana y la conciencia del hombre, ésta la más poderosa de las armas, el instrumento más eficaz de liberación, cuando no es anegada en las tinieblas y prejuicios.

El anarquismo no levanta pedestales a nuevos dioses. No crea la mentalidad milagrera. La psicosis redentorista. No se hunde al hombre en la duda ni en la angustia. Llama a cada hombre, diciéndole: —No hay otro salvador que tú mismo ni más salvación que la de tu propio esfuerzo. No te arrodeles ni te dejes abatir. Sé hombre, el que tú quieras, pero sé tu mismo, consciente y responsablemente. Lucha si quieres. Lucha si deseas acabar con la injusticia, con la esclavitud y con la barbarie. Lucha contra todas las fuerzas que te tiranizan y te reducen a la indignidad de un vivir infernal que no es el tuyo, ni el que sueñas y deseas. No te resignes a vivir sin ser **tu mismo**, a no vivir tu vida, a abdicar de tu individualidad, sacrificándola a los absolutismos modernos. Cree en tí. Quiere, con la impulsión consciente de todo lo más noble que existe en tí. Llama a tus propias energías espirituales y éticas, que las hay y descubrirás en tí

misimo. Y ayuda a los demás a su propia liberación, sin quererles imponer ni tu doctrina ni tu ley, dejándoles elegir también libre camino, en la afirmación permanente de lo **único** y de lo **diversos**, subjetivo e individual, rimando con las variadas armonías colectivas, fecundas al progreso, al bienestar y a la libertad humanas, que propician el florecimiento de los más exquisitos y elevados valores en la marcha del hombre y de tí mismo hacia las cimas más altas, por los senderos infinitos, en la eclosión y plenitud del ser consciente de sí, alma del mundo — de tu propio mundo — forjado en el esfuerzo libre y en la voluntad libre, en el crisol grandioso de cuantas fuerzas actúan y están presentes en la Naturaleza y en el que funden y transforman sus energías desde el micro-organismo, del infusorio al hombre, desde el átomo a la estrella.

Doctrina abierta, sin tópicos dogmáticos ni exclusivismos, doctrina humana sin iniciaciones esotéricas el anarquismo tiende a ser, sin pretensión catequística alguna, la más elevada expresión de la conciencia humana y el nexo de voluntaria convivencia libre, arrinconando todas las fórmulas autoritarias, que hasta el presente se han mostrado impotentes para salvar al hombre y a los pueblos de las peores miserias, tragedias y catástrofes.

Germinal ESGLEAS

EL SENTIDO DE UNIDAD EN LA OBRA DE TOLSTOY



HUBO un tiempo —antes, durante, y al finalizar la guerra 1914-18— en que la estrella de Tolstoi pareció palidecer. Hubiérase dicho que su renombre de poeta épico y de psicólogo quedaba obscurecido por la gloria de Dostoiewski.

Era casi inevitable que una generación que se había hecho culpable de los más terribles crímenes y que la embargaba la más discordante desarmonía, fuese atraída, como en poder de fuerza magnética, por la vida tal y como la presentaba Dostoiewski; esto es: turbia, dolorosa, sombría como un abismo, y de una pureza extática. Las previsiones de un próximo reinado del Anticristo, formuladas por el escritor parecían iban a realizarse. Sólo la humillación incondicional y la abnegación absoluta, a las que su voz patéticamente invocaba, podrían aún salvar a la humanidad de una sentencia que amenazaba tanto a los buenos como a los malos.

Comparada a la fascinante penetración de Dostoiewski, la psicología de Tolstoi parece casi infantil. Opuesta a la inmaterialidad seráfica de las siluetas creadas por el autor de «Los hermanos Karamazoff», las más encantadoras criaturas salidas del genio de Tolstoi, parecen aún contener un exceso de materia. Entre los que han frecuentado esa frondosidad cre-

puscular que constituye la mística de Dostoiewski, hay bastantes a quienes la atmósfera transparente del mundo interior de Tolstoi les ofrece la sensación de algo vivamente iluminado y casi de un frescor racional.

No obstante, la preferencia a Dostoiewski, en tanto que artista épico, no podía durar. En Tolstoi es aún mucho lo que se puede apreciar. ¿Quién nos enseña a amar la vida, mostrándonos sus riquezas y sus bellezas? ¿Y quién más que él puede ayudarnos para constituir esta nueva escala de valores, en torno a la cual la humanidad se debate con obstinación, y que deberá tener en cuenta a fin de poder elevarse a una forma de sociedad superior?

Ya antes de la conmemoración internacional del centenario del nacimiento de Tolstoi, el 28 de agosto de 1928, se podía constatar que su persona y su obra eran objeto de un renovado interés. En ocasión de este aniversario, todas las facetas del genio de Tolstoi, todos los rasgos de su naturaleza, fueron de nuevo examinados; los diversos ángulos de su actividad se sacaron a relucir. Por otra parte, en el curso de estos últimos años han sido publicados profusión de documentos biográficos; algunos, como las cartas de Tolstoi a su esposa, y el «Diario Intimo» de éste son de un gran valor para conocer la personalidad del escritor.

La actividad de Tolstoi fué extraordinariamente variada, extendiéndose en un dilatado período de casi sesenta años. Las dificultades para la comprensión de su unidad espiritual se acrecientan por el hecho de que el propio Tolstoi no siempre tuvo conciencia de la unidad de su obra y de sus aspiraciones. Sobre todo, al principio de su «segundo nacimiento». Tolstoi consideraba que se había completamente renovado y desaprobaba, no solamente su vida pasada, sino igualmente casi todas sus obras anteriores.

Yendo tras las huellas del maestro, numerosos biógrafos o ensayistas han juzgado de una manera demasiado absoluta la diferencia entre el Tolstoi de antes y el de transcurrida su acentuada crisis espiritual. Es debido a la concepción errónea de ellos que se ha de atribuir el que Tolstoi permanezca en el espíritu de la mayor parte de nuestros contemporáneos como una figura extremadamente contradictoria. Puede decirse que para ellos existen «dos» Tolstoi, que no tienen nada o casi nada de común. Los admiradores y los adeptos de uno de esos dos Tolstoi no hacen mucho caso del otro. Tan sólo de un modo excepcional puede decirse que admiradores de la obra literaria del Tolstoi de antes del «segundo nacimiento» demuestran cierto interés para con su papel de reformador religioso y moral. Al contrario, son numerosos aquellos que consideran a Tolstoi como un guía en el terreno moral y social y que, por extraño que ello parezca, no han leído jamás ni «Los Cosacos», ni «La Guerra y la Paz», ni «Ana Karenina».

Ni unos ni otros de tales admiradores de Tolstoi parecen haber comprendido la grandeza total de su obra. ¿Cómo podrían comprenderla sin reconocer ante todo su unidad espiritual? A los de una y otra fracción les parece que una fisura se ha producido en la naturaleza de Tolstoi, y que su vida se descompone en dos partes, sin que haya relación alguna entre ellas.

Durante la primera parte de su vida Tolstoi se comporta como es de uso corriente en un hombre de su condición: toma buena parte en los goces mundanos y sueña con una brillante carrera militar. Dado que no consigue abrirse camino en el Ejército, ensaya el que sus tierras le den el mayor rendimiento y ganar todo el dinero posible con sus trabajos literarios. Después, en el curso de transición entre la madurez y la ancianidad, diríase que su personalidad le escapa.

Trás de una larga y terrible lucha interior, hacia los cincuenta años, «nace una segunda vez», para emplear su propia expresión. A partir de este momento, repudia casi todo lo que había aceptado apasionadamente en la primera parte de su vida. Condena su existencia anterior, considerando que ha sido mala, y tildando de inútiles la mayor parte de sus escritos; incluso llega a creer que han sido inmorales; quitándoles toda importancia desde el punto de vista artístico. Hombre cultivado y artista, repudia en bloque la cultura moderna y casi todo el arte moderno, considerando que sólo sirve de pasatiempo a una clase: «dos parásitos sociales». Siendo la familia linajuda, declara que todos los privilegios sociales están en contradicción con el Evangelio. Siendo terrateniente, condena la propiedad privada del suelo, considerándola el peor de todos los males sociales, la causa primordial de la sujeción y de la miseria de las masas populares. Antiguo oficial, incita a que se rehusen el pagar los impuestos, propiciando la insubordinación, es decir: la desobediencia al Estado. Creyente, ataca violentamente a la Iglesia, considerándola como la más peligrosa de todas las potestades sociales, porque ella mantiene al pueblo en la ignorancia, al engañarle. Antes, un «gran amador incansable», mal-

dice el amor carnal, considerándolo el peor enemigo de la pureza moral y del desarrollo espiritual, la fuente del pecado y de la perdición humana. Desde largo tiempo esclavo de sus múltiples deseos, considera que la única solución de la cuestión social estriba en «tapar el hoyo de la codicia».

Exhorta a los ricos, aconsejándoles renuncien libremente a sus privilegios; a que practiquen un trabajo manual, incitándoles a un retorno a la vida simple del campesino. ¡A los pobres les invita a soportar sin rencor la injusticia y el que no se dejen caer en el pecado de la envidia. Ensayo de despertar en todos los hombres la idea de que no se alcanza la felicidad por la saciedad de los deseos insaciables por naturaleza, sino por la victoria del amor al prójimo, sobre la sed de goces y el egoísmo.

En la segunda fase de su vida, Tolstoi pone sus facultades poéticas enteramente al servicio de sus ideales religiosos y morales. Lo que ha escrito durante esta fase está siempre inspirado por la voluntad, consciente o no, de demostrar la verdad de ciertos principios, o bien pertenece a la literatura didáctica. Es una literatura de propaganda.

En la imagen que actualmente miles de personas tienen formada al respecto de Tolstoi, no quedan resueltas de ningún modo las contradicciones de su carácter. De ahí que esta imagen no pueda satisfacerlos. Por diferente que se haya demostrado Tolstoi en el curso de las diversas fases de su vida, en el fondo, su naturaleza era «una». Personalidad tan potente como la suya no podía estar dividida hasta la raíz. Tolstoi ha quedado «uno» toda su vida, lo mismo que Goethe. Deberíamos aprender también a captar la unidad de éste último. ¿Acaso no produce infinita pena el identificar al estudiante de Leipzig, el excesivamente sensible soñador que escribía «Werther», el fogoso visionario de la «Sturm und Drang periode» con el ministro hiperconsciente de Carlos-Augusto de Weimar, con el olímpico Consejero de Estado?

El «Gotz» y la segunda parte del «Fausto», difieren mucho menos en lo que concierne a su estilo y su espíritu que «Los Cosacos» y «Resurrección».

Más bien que a Goethe —a quien Tolstoi detestaba, particularmente en su ancianidad— se puede comparar al poeta de «La Guerra y la Paz» a una figura, más grande aún de la literatura universal: al Dante. El también atravesó, al promediar la mitad de los años de existencia, una seria crisis espiritual, él también «nació una segunda vez» lo que le determinó a execrar toda su vida pasada. Dante, a partir del momento en que el sentido de la existencia terrestre llegó a hacerse perceptible, consideró la vida como una prueba, llamada a procurar un estado de madurez en el elemento espiritual del hombre. A partir de esta revelación, puso su genio creador al servicio de su ideal religioso y de las concepciones políticas derivadas del mismo. Y, no obstante, lejos estamos de imaginar que la personalidad del Dante estuviera atormentada por acusada dualidad, que su vida fuese fraccionada en dos partes. No nos lo imaginamos así, aunque para el Dante una nueva existencia dió comienzo también, tras de haber meditado en torno a la corrupción del alma humana, como, precedentemente, otra nueva vida había comenzado para él después de su encuentro con Beatrice. Estamos convencidos de la unidad de naturaleza en el Dante; y vemos esta unidad en su deseo, firme y constante, de realizar un «yo» cada vez más puro y más sublime.

Es este mismo deseo el que, a nuestro entender, constituye la unidad en la personalidad de Tolstoi.

En su «Diario Intimo», Tolstoi ha considerado el deseo de realizar su «yo» un instinto humano tan imperioso como los de reproducción y perpetuación, llave que conduce a la comprensión de un gran número de acciones humanas que, de otro modo, serían inexplicables.

Un tal deseo existe, con más o menos intensidad, en todos los hombres: es el que anima al individuo cuando éste se apodera de las cosas, sea para gozar de ellas o bien para cambiarlas. Esto le impulsa a variar o modificar su estimación; de tantas formas como variadas sean las cosas que ame, seres o ideas.

El niño va formando su «yo» en el juego; el adolescente en las pasiones; el comerciante en sus negocios; el industrial en su fábrica; el militar en la guerra y en la preparación de la guerra; la madre en sus hijos; el artista en sus obras; el sabio en sus teorías; el reformador en la sociedad.

En la mayor parte de seres humanos, ese deseo de realizar su «yo» no llega de una manera ininterrumpida, ni siempre con la misma intensidad. Se parece a una chispa que no brota más que de tiempo en tiempo. Incluso algunas veces esta chispa se apaga completamente en llegando a la edad madura. La Pereza, el Desaliento, la Indiferencia la ahogan con su soplo intenso. Entonces el hombre ya no lucha más contra las circunstancias, buscando el realizar un aspecto de sí mismo; ya no aspira a la perfección, a la dilatación de su «yo» en sentido ascendente: trabaja porque es su deber, porque la necesidad le obliga, pero no persiste en querer plasmar el carácter de su personalidad en su obra. Frecuentemente, el deseo de encauzar su «yo» queda vencido en el bregar contra la rudeza de la materia, o bien sucumbe como consecuencia de la influencia embrutecedora de un ambiente hostil. Entonces el hombre cesa de ser una fuerza activa; continúa viviendo, simplemente, como un producto, como un efecto de causas exteriores.

La diferencia entre los que son mortales ordinarios y los genios, cuya existencia deja una profunda huella en la arena de los siglos, depende en gran parte, primeramente, de la medida según la cual el deseo de realizar su «yo» vive en ellos, y, en segundo lugar, de las finalidades hacia las que ese deseo es orientado así como de las posibilidades habidas para su realización.

En Tolstoi el deseo de hacer efectivo su «yo» era muy potente y subsistió en todo su vigor casi hasta su muerte.

Durante toda su larga vida, Tolstoi no solamente «existió» sino que realmente «vivió». Aspiró constantemente a la realización de su «yo», esforzándose en hacerlo siempre más sublime y más perfecto. Son aspectos de un «yo» diferentes los que Tolstoi buscaba realizar durante su juventud y en la vejez, en la fase de su vida en que se esforzaba principalmente para ser «comme il faut», y en la que luchaba por vivir según los preceptos del más «Sublime Amor».

La unidad de su ser consiste en que, durante su vida, lo subordinó todo a la voluntad de realizar, en un momento dado, lo que él apreciaba como su más sublime «yo». A fin de conseguirlo, ya en su juventud, luchó sin ayuda ni estímulo, contra sus defectos y sus pasiones: la pereza, la vanidad, la lujuria. En la edad madura rompió costumbres que habían llegado a ser para él una segunda naturaleza (comer carne, fumar) y renunció a placeres que calmaban instintos atávicos de su ser (la caza). Con igual finalidad, poco tiempo antes de su fallecimiento, huyó de su casa y de su familia, deseoso de entrar en la eternidad, pobre, desnudo y solitario; sólo con su conciencia y su «Dios». Se lee con emoción, en la parte del «Diario» de Tol-

stoi que va de 1847 a 1855, la referencia de su lucha interior con objeto de llevar a una efectividad su «yo» ideal, del que tenía una cierta intuición, mas se sentía alejado. Se ve en estas páginas como el deseo de «formarse», orientado en su principio hacia las manifestaciones exteriores, como el montar a caballo, practicar la esgrima, frecuentar el baile, etc...; llega a constituir una ardiente voluntad de purificación, de disciplina y de perfeccionamiento.

Tolstoi, durante su vida, tuvo que batallar contra la fuerza de sus instintos. Para vencerlos, prescribióse una serie de reglas de conducta, excesivamente numerosas, como tuvo que reconocerlo en la ancianidad, para poderlas seguir. El «Diario» de su juventud está lleno de reglas de ésta naturaleza que afectan a muchas cosas, como, por ejemplo: el empleo del tiempo, el estudio, los ejercicios físicos, las buenas maneras, etc. Algunas de estas reglas evidencian al adolescente torpe, inhábil, que era Tolstoi; el campesino ensayando de compensar su timidez con una estudiada audacia.

Gran parte de las reglas que se imponía Tolstoi, testimonian una ambición ilimitada: quiere sobresalir más que los demás en todas las cosas, pero no alcanza aún a saber lo que es más sublime. El quisiera obligar a que todos le amaran y admiraran. No puede vivir sin que el amor y la admiración le sean prodigados. Se considera desdichado a causa de su fealdad: una nariz aplastada, labios gruesos, unos ojos pequeños, de mirar duro y penetrante, casi ocultos en las órbitas. Cuando niño, es objeto de excesos de furor que inquietan a quienes le rodean. Siendo joven, se da al juego, a la bebida, y a la lujuria. Pero, en medio de una furiosa propensión a la ambición, a la sensualidad y a la vanidad, hay como una voz que brota de las profundidades de su ser. Ella le susurra: «Da a los pobres la mitad de tus rentas; no te hagas servir, que el servidor es un hombre como tú.» Ella le dice que, amar a los demás sin esperar ser correspondido, es el sólo camino de la felicidad. En vano procura esforzarse para poner orden en el caos de su corazón, arrancando de él perniciosas tendencias, y cultivar luego las buenas. A cada momento tropieza y sucumbe a la tentación. Pero cada vez consigue levantarse. Después de cada paso dado en falso, se afirma en su decisión de «cambiar de vida». Desbordando entusiasmo, inventa nuevas reglas que deben ayudarle a transformar en actos sus intenciones. No obstante sus fracasos, la confianza en sí mismo no le abandona del todo. El día en que cumple sus veintitrés años, toma la resolución, como tantos otros lo han hecho antes que él, de empezar una nueva vida. Pero, unos días más tarde, se ve constreñido a confesar: «Para mi desgracia, continuo siendo siempre el mismo; los cambios bruscos son imposibles».

De esta manera, las numerosas desilusiones que experimenta, crean en él la experiencia que, poco a poco, le conduce al conocimiento de sí mismo.

Tolstoi no se aproximó jamás de un modo súbito al ideal de bondad y santidad que había brillado ante sus ojos de niño. Fué tras incesantes esfuerzos personales; gracias a una lucha perpetua contra sus debilidades, sus vicios, y sus pasiones. Esta lucha tuvo ya un comienzo en su juventud. Y así sentó la base de lo que todo individuo, incluso el mejor dotado, incluso el genio, debe poseer, para poder llevar sus fuerzas y sus facultades a su total desarrollo: el carácter.

Enriqueta ROLAND-HOLST

(Versión de Fontaura.)

REVISTAS SOBRE MI MESA

De España y de América

COMPLEJIDAD Y DESTINO DE LA CLASE OBRERA COLOMBIANA, de Horacio Yespes, de la Universidad de Antioquía (Colombia). Estudios Americanos, Sevilla (España), volumen VII, páginas 133-153.



EMPIEZA su trabajo el autor señalando la aparición del «hombre social», como un efecto de la civilización contemporánea y realidad palpante en las naciones de Occidente, el cual se ha situado entre lo que el autor llama «dos exageraciones antihumanas y peligrosas»: una, la fuerza devastadora del individualismo, y otra, la fuerza oscura del colectivismo donde el hombre, víctima del automatismo y del deseo nivelador, restringido en su personalidad, es absorbido por el Estado. Víctima, en un principio, de la primera es acosado en la actualidad por la segunda. Pero el hombre no acepta esa posición débil entre los dos vientos contradictorios y violentos. Una nueva levadura nutre sus ambiciones y esperanzas. El hombre vive un momento de superación y de auténtico despertar de la conciencia humana. A esta actitud contribuye el arte, la ciencia y la máquina, la cual—esta última—ha producido un resultado paradójico: deshumaniza al hombre en cuanto entidad individual pero lo humaniza en cuanto entidad social, porque la certidumbre de un peligro común lo lleva a la agrupación, al colectivismo, mejor aún, a un humanismo nuevo, nacido de la síntesis individuo-colectividad, hacia la cual caminan los procesos dinámicos y sociales contemporáneos.

Estamos, pues, al decir del autor, en el punto histórico en el que la colaboración de la colectividad y del individuo, de las masas y de las élites, es necesaria para llegar a la armonía. La clase obrera, así lo expresa el autor, es uno de los factores culminantes del nuevo ciclo histórico que se abre a la humanidad por su específico carácter colectivo, porque es uno de los puntos neurálgicos de la sociedad actual y su influjo pesa mucho en los pueblos. Este influjo en los países de Europa es decisivo, no así en los países de América, he de puntualizarlo yo. En América el grupo de la clase obrera para que cobre auge en el plano social necesita diversas fuerzas que le permitan salir de su caparazón, le den vida y aliento para tomar parte en el movimiento externo de los pueblos.

Seguidamente el autor pasa a estudiar los factores esenciales, aparentemente diversos, pero que son inherentes al fenómeno estudiado, a la aparición del hombre social. Estos factores, son, según el autor: Mentalidad y Clase Obrera, Sindicalismo como elemento de estructuración y El Ambiente como elemento de influencia. Estudia al grupo obrero, como mentalidad y como clase, a partir del industrialismo, que produce la supremacía de la colectividad sobre el individuo y

al mismo tiempo posibilita en éste la existencia necesaria de una mentalidad de clase. Hasta entonces el individuo, mientras en el plano social no aparezca el obrero, se resigna a la maldición bíblica. Con la aparición de la técnica y de la máquina, al tener la certidumbre de su pequeñez frente a las fuerzas exteriores, se rebela y adquiere una mentalidad frente a la vida, que tiende a realizarse en el plano social mediante una superación definitiva: la clase. Esta es colaboración consciente, que crea una unidad social para el enfrentamiento—yo diría la lucha—como actitud vital, defensiva.

Al tránsito de mentalidad a clase se oponen innumerables dificultades inherentes en los hombres, que la obstaculizan. Pero no es con el apoyo del Estado con el que la clase obrera, como dice el autor, realizará sus aspiraciones de clase. La conclusión a que llega el autor es falsa. La clase burguesa, la capitalista, realiza sus aspiraciones de grupo social, contra y a pesar del Estado. El Estado acepta o mejor se resigna al asalto del poder por la clase capitalista por instinto de supervivencia. De la misma forma, a mi juicio, la clase obrera habrá de realizar sus aspiraciones de clase, contra y a pesar del Estado. Y será éste, si quiere supervivir, el que habrá de apoyarse en la clase obrera. Pero no hay que perder de vista que el autor habla teniendo en cuenta la realidad social americana, mejor colombiana. Para él no existe más que dos clases: la burguesa y la media; la clase obrera no existe, porque es un grupo—dice—sin aspiraciones propias, desvinculado de su destino, sin conciencia de sus posibilidades y con objetivos dispersos e indefinidos. De acuerdo.

Traza a renglón seguido un cuadro nada halagüeño del sindicalismo colombiano, que tuvo un momento de fervor —1937—y que, a no ser por la tendencia comunista de su liderato habría realizado un gran avance en el progreso obrero de Colombia. Después de ese momento no ha habido más tentativas, si bien existen algunas organizaciones cuya orientación es compatible con los principios democráticos. Pero la masa obrera colombiana parece que no se ha rehecho de la decepción del liderato comunista y de aquellos otros dirigentes que, sin ser comunistas, tomaron el sindicato como trampolín para su notoriedad, su enriquecimiento o sus vedades políticas. De ahí la indiferencia que señala el autor como el peor mal que corroe al sindicalismo colombiano. Indiferencia por los sindicatos manifiesta en los obreros y, sin embargo, paralelo a ese hecho el autor señala un despertar de la conciencia obrera sobre sus derechos, los que ya tiene y los que ha de conquistar aún. Estos dos hechos contradictorios conducen a una esperanza. Y esta esperanza se reali-

zará, tomará cuerpo, merced al ambiente como elemento de influencia.

Este ambiente, cultural y político, empieza ya a realizar en Colombia la saturación social del pensamiento, necesaria de acuerdo con la síntesis general que orienta el progreso social de nuestra época. A esa saturación social contribuye la novela y la poesía colombianas contemporáneas. En cuanto a la novela, se inicia este proceso de saturación con Eustasio Rivera —«La Vorágine»— y sigue en grado ascendente con Caballero Calderón, autor de «Cristo de Espaldas» y alcanza su climax en José Antonio Osorio Lizarazo que, con su obra —«Casa de Vecindad», «La Cara de la Miseria», «Los hermanos menores», etc.—, ha dado un gran paso hacia la causa social de los pueblos. A esa saturación social contribuye también la poesía que, superado aquel periodo de poetas sensibleros y llorones de antaño, alienta en los contemporáneos, poetas recios que se «nutren de la tierra firme» y no «de elusividades sensibleras». Otro factor contribuye, asimismo, a la saturación social ya aludida: el pensamiento político, según el cual la política es un problema humano y no de un asalto al poder para apoderarse de todas las instituciones y olvidarse de la comunidad.

Todo este ambiente nuevo está creando una nueva mentalidad en las minorías que trasciende paulatinamente al pueblo y crea en él una nueva conciencia, conciencia que es de entraña verdaderamente popular.

OTRAS REVISTAS

CORREO LITERARIO, Madrid, septiembre de 1954. Dedicada varias páginas en homenaje a Jacinto Benavente y otras varias a la reseña de las jornadas de la poesía española e hispanoamericana en Galicia. De los trabajos cabe señalar «Suelo y poblador del Ande boliviano», de Fernando Díaz de Medina, trabajo de gran aliento poético, escrito en ese lenguaje que suena cosmos, lenguaje adecuado para hablar de aquel paisaje y de aquel indígena, los cuales, suspendidos en su fase cósmica, se niegan por igual, el hombre y la tierra que lo sustenta, al cambio. Otro artículo que he de señalar es de José María Souvirón: «Lammenais, en su centenario». El autor, que confiesa cierta simpatía por el filósofo que «habló de justicia social en un momento en que nadie se preocupaba de ello», se cura en salud proclamando—no faltaba más—la «justicia» curialesca de la Iglesia que condenó sus doctrinas. Muy comprensible. En España el escritor ha de sopesar, antes de escribirlas, sus opiniones. Ese temor a los apóstrofes apocalípticos de la Iglesia es el que hace decir en otro lugar de su trabajo al pobre Souvirón: «Lo malo es que comenzó—Lammenais—a idolatrar al pueblo y a la justicia y no se puede idolatrar a ninguna de estas entelequias, aunque tenga nombre de virtud o de conglomerado humano». Tan peregrina concesión al «ismo» imperante en España se comenta por sí sola. ¿Una entelequia, el pueblo? ¿Una entelequia, la justicia? Desde luego: para una pluma servil, para el escritor capaz de todos aquellos «falseamientos» que, en un valiente trabajo, señalara Julián Marías no hace mucho, lo único adorable que queda en España, como conglomerado humano, es Franco y, como virtud, todo lo que sea antítesis de las grandes virtudes humanas. ¿No es así, ilustre Souvirón?

SIEMPRE, México, noviembre de 1954. Merecen destacarse, entre otros trabajos, el reportaje de J. Natividad Rosales, titulado: «Vasconcelos pasa revista a la Revolución Mexicana». En esta revista el ilustre polígrafo mexicano tras acusar a Morelos, afirma que Madero está por encima de todos los héroes. «Madero—dice—fué un gran mexicano... Se lanzó a la historia y a la redención de los pobres, porque tenía un sentimiento religioso de la vida. Madero fué sincero; su obra de gobierno fué el cumplimiento de lo que había prometido

al pueblo». Por eso los norteamericanos, que temían por sus propiedades, ayudaron a Victoriano Huerta. Así se explica la actitud inconfesable del representante diplomático yanqui en aquellas trágicas jornadas. Vasconcelos acaba diciendo: «Nunca dejaré de pregonar que Madero fué un genio y sin él no hubiera brillado Carranza ni Villa hubiera sido el guerrillero famoso. Con Madero vivo hubiéramos tenido una serie de presidentes honestos como los tuvo Argentina antes de Perón. Diré, por último, lo que dijo el licenciado Vera Estañol, al morir Madero: ¡Cuántas lágrimas costará a México la muerte de este Apóstol! Otro trabajo bueno es de Indalecio Prieto. Lleva por título: «Equivocos.—La Bandera anticomunista». Es un comentario a la conferencia improvisada en la Universidad de Columbia de Nueva York por el Dr. Eduardo Santos, ex presidente de la República de Colombia, un hispanófilo pero de la España progresista y liberal, de la España de los grandes valores humanos, de la que en el 39 hubo de abandonar sus patrios lares. Interesantes son los comentarios de Prieto. Nada diré de ellos por la necesidad que tengo de reproducir algunos fragmentos del discurso del conferenciante. Uno de ellos dice así:

«Necesitamos primero de todo que se nos liberte del temor al miedo, ese miedo difuso que no está ausente de los Estados Unidos, pero que en muchas regiones de la América Latina es una obsesión paralizante... ¿Qué se puede hacer sin libertad? Todo fracasará sin libertad. Podemos tener grandes edificios de veinte pisos, espléndidas fábricas y magníficas carreteras recorridas por unos especímenes de robots, seres sin espíritu ni derechos, que no han sido alimentados con el jugoso elemento de la libertad y que como triste limosna reciben progresos tristemente materiales. Hay cosas trágicas en estos asuntos de educación y de cultura. Si no hay libertad, si las universidades y las escuelas se ponen al servicio de las dictaduras, su obra puede resultar peor que todo... El sentimiento de la libertad es superior y anterior a la cultura y a la simple ilustración. En las épocas más hermosas de la España de los comuneros, eran pocos los españoles que sabían leer, pero todos tenían hondos sentimientos de libertad, de autonomía, de independencia. Aquellos viejos castellanos y aragoneses que defendían sus fueros no los habían aprendido en textos escritos; quizá los habían respirado en el aire de sus montañas, los habían absorbido sobre el suelo de sus patrias. Así se aprende y se respira la libertad y no sólo en las escuelas, no sólo en los textos. Pero en estas épocas de cultura, de educación, de erudición, es preciso que la libertad vaya paralela al avance de la educación y de la ilustración, porque, de otra manera, los resultados podrían ser funestos.»

Otro fragmento de los que reproduce dice así:

«Si lo primero que se hace en la lucha anticomunista es combatir la libertad; si lo primero es quitarle las alas a los luchadores de la libertad; si lo que se hace es desacreditar a quienes la defienden, se realiza una cosa extraordinaria: se abre el camino al comunismo, se facilitan las vías por donde se llega al comunismo. Yo sé, yo creo, yo declaro que la República española jamás fué comunista: no lo fué nunca. Pero si me preguntan ahora si la España de Franco llegará un día a ser comunista, yo no podría decir que no. Por esta sencilla razón: porque la manera de crear comunismo es destruir los sentimientos de libertad de los pueblos, es arrasar las defensas espirituales, es crear ese estado en que ya no se cree en la libertad, en que ya no se cree en el derecho: entonces cualquiera domina una población que ha sido conquistada de antemano para toda fórmula de tiranía totalitaria... ¿Por qué no se estudia la geografía política humana para darse cuenta de esta realidad? ¿Por qué Inglaterra es inmune al comunismo? Por la realidad de sus espléndidas libertades...»

Mariano Viñuales

TRES MIL AÑOS DE TERROR MILITAR

El pillaje y la destrucción de civiles a través de los siglos

(Conclusión)



NUEVAS tropas fueron creadas por las necesidades de la conquista. Es así como los zuavos, creados en 1831, debían pronto volverse célebres por el modo en que «movían» al indígena. Por por uno de esos rasgos de genio que atraviesan a veces el cerebro de los militares profesionales, un oficialillo de intendencia, había encontrado muy «espiritual» el designar con el nombre, en lo sucesivo consagrado, de **tumbas** («tombeaux»), a los óvalos formados por las trenzas rojas que adornan los lados de la chaqueta del zuavo. Los zuavos, a los que pronto se calificó de «chacales», fueron además dotados con un canto bélico, que expresa en pocas palabras las netas concepciones del «cuerpo», sobre la colonización y la misión civilizadora del ejército:

Baleck el Arbi
Los chacales están por aquí
Te agarrarán tus duros
Tus mujeres y tus camellos
La chilaba que tienes en tu cuerpo
Y sólo, para que llores, te dejarán los ojos.

Este excelente programa fué tan bien seguido, que un alto funcionario debía confesar más tarde, en el curso de un debate, «que la conquista de Kabília, en 1857 había arruinado al país; había sido necesario quemar la mayoría de los pueblos y cortar los árboles. Los que sometidos, concluía el funcionario, eran gentes condenadas a ser infelices y a serlo por mucho tiempo». (Senat, DEBATS PARLEMENTAIRES, 26 de febrero de 1891, informe in extenso, p. 92.) Los saqueos de la tropa provocaban la miseria, ésta conducía a la rebelión, lo cual significaba pretexto para redoblar los «rigores».

En 1868, la miseria del pueblo argeliano alcanzó su punto culminante. Un hambre espantoso aniquilaba a la población. Se encontraban cadáveres hasta por las carreteras... En ciertas localidades, se veían a los niños entrenarse en escarbar los estercoleros, para sacar algunos granos de cebada mal digeridos por los caballos, y así aplacar su hambre... En otros lugares, las víctimas del hambre eran tan numerosas, que ya no se las enterraba individualmente: se las lanzaban amontonadas en las zanjas construidas con rapidez, y muchas veces se las dejaban descomponerse en pleno aire. (Paschal Grousset: BILAN DE 1868, p. 13.)

Los refractarios que se obsinaban en no reconocer los beneficios de esta civilización rápida eran rudamente puestos al paso, según el método del coronel Negrier, que debía también ganarse las estrellas de general en el sur oranés, gracias a su célebre marcha

sobre la Kouba de los Ouled Sidi Cheikh y a la destrucción total de este centro religioso (1881).

En cuanto al apaleamiento, era la moneda menuda que, en Argelia, servía más frecuentemente a los tratos de una ocupación que libraba todo un pueblo a las criminales empresas de traficantes y usureros. (R. Bergot. L'ALGERIE TELLE QU'ELLE EST. Savine, 1890.)

Y en la mitad del siglo XIX, tan pródigo en hombres y en ideas, cuando una ley de Sir R. Peel, permitió a Inglaterra, imitar a los colonizadores africanos introduciendo la fustigación en Irlanda. «He conocido, dice O'Connell, hablando de aquellas abominables prácticas, a hombres apaleados hasta morir.» (G.G. Duffy, FOUR YEARS OF IRISH HISTORY, p. 55.) «En treinta años, desde 1852 hasta 1882, los landlords británicos, habían expulsado a 363.000 familias de campesinos irlandeses en un tiempo que, al decir de Gladstone, la evicción equivalía a una sentencia de muerte.» (Mulhall, DIC. OF STATISTICS, London, 1886, p. 175.)

*

Mientras tanto, en México, el valeroso Gallifet, ahorcaba a los patriotas mejicanos, partidarios de Benito Juárez y escribía esta carta a las bellas damas de la corte (1864): «Soy en verdad un jefe de gendarmes, hago emboscadas y contrariamente a lo que pasa en Francia, mis hombres son más bandidos que los que persigo. Soy, además, gran justiciero. Todos los bandidos (no hablo de los soldados) que no son matados en los combates, los hago ahorcar luego. Y si os agradan relatos de éstos, ya os contaré muchos cuando retorne al país: serán auténticos.» (A. Zevaes. OMBRES ET SILHOUETTES, p. 287.)

*

El siglo XIX fué sobre todo famoso por sus expediciones coloniales y por los malos tratos infligidos a los negros y a los asiáticos. Y es así como un publicista antiesclavista ha expresado en artículos y obras atestadas de hechos y testimonios, los crímenes de algunos civilizadores, que con ellos llevaban una horda de rapiña que traficaba en «bois d'ébène» (con las gentes de color). En 1848, en Guadalupe, se enmurraban vivos a los esclavos; se les dejaba morir en el fondo de celdas, próximas a las márgenes del Sarra-got; y a los individuos muy rebeldes se les sumergía en calderas hirvientes de sirop. (Victor Schoelcher, ŒUVRES, 1848.)

En Sudán, en 1890, la gran mercadería, los cautivos se vendían aún en las proximidades del fuerte de Kita, con la complacencia de las autoridades, que no titubeaban en cubrir sus necesidades de dinero, ha-

inquietarse de lo demás. Es en esta época cuando el ciendo «razias» generales de rebaños y cereales, sin teniendo general Lefevre, destruyó a cañonazos la apacible aglomeración de Seliki, a pesar de las protestas del gobernador general que estaba contento con aquellas poblaciones. (Capitaine Peroy, AU SOUT-
DAN FRANÇAIS.)

Es la repetición de estos hechos, denunciados también con vigor por el humanista holandés Multatuli, la que inspiró la diatriba indignada de Anatole France: «Existe fatalmente imprudencia en el crimen. No podéis decir, con toda certidumbre, a los negros de Africa: Siempre los explotadores os tirotearán y os incendiarán las chozas; siempre el orgulloso soldado cristiano divertirá su valor cortando vuestras mujeres en pedazos; siempre el marino jovial, venido de mares brumosas, romperá el vientre de vuestros niños de una patada, para desperezarse las piernas.» (VERS LES TEMPS MEILLEURS, t. III, p. 77.)

El saqueo de Pekin, en 1860, por las tropas franco-inglesas había enseñado a los chinos los aspectos elegantes de la civilización occidental. Un testigo que ha descrito los excesos de las tropas francesas que se libraron a un gran saqueo, afirma que ello tan sólo era juegos de niños, comparándolo con la virtuosidad de los soldados ingleses, **habituados a vivir del sudor de las poblaciones asiáticas.** Aun después del tratado de paz, los ingleses continuaron quemando, saqueando y matando. (Conte d'Herisson, JOURNAL D'UN INTERPRETE EN CHINE, p. 334 y 337.) El mismo testigo hace esta curiosa observación, de que nada tenta tanto a lo soldadesca como los relojes de pared y los objetos mecánicos.

*

La guerra de 1870, a pesar de los cuadros que de ella fueron sacados para las necesidades de la propaganda chovinista y vengativa («revancharde»), no se distingue por esas masacres de civiles que distinguieron a otras invasiones. Francia, no por eso dejó de ser pasto de los apetitos de los militarotes que instalaron sus vivacs por las provincias, que no habían visto invasores desde la guerra de los Cien Años. Cada familia era invadida, dice un historiador, las fortunas destruidas, escondidas o amenazadas, las casas abandonadas, los campos desiertos, los hogares diezmados. (G. Hanotaux, LA FRANCE CONTEMPORAINE, t. I.)

En 1873, para sostener los intereses de un negociante francés, M. Dupuy, la expedición Francis Garnier provocó un conflicto en Tonkin, a donde fué contra las instrucciones formales del gobernador de Broglie. 25.000 personas fueron masacradas en el curso de esta expedición o debieron huir hacia las selvas. (De Broglie, HISTOIRE ET POLITIQUE, p. 133.)

En 1877, se hizo una encuesta sobre las masacres cometidas por los soldados turcos entre las poblaciones búlgaras. (M. Baring, LIVRE JAUNE DU 24 JUILLET 1877.) Las cifras de 15 a 20.000 víctimas y de más de 100 pueblos destruidos, no parecen exageradas, concluía esta encuesta que continuaba una intervención del liberal Gladstone, quien había afirmado en un escrito sobre «Las atrocidades turcas en Bulgaria» (1876): **«Fueron millares los campesinos masacrados, las mujeres violadas y los niños vendidos».**

Los verdaderos hombres de Estado, es decir, según la definición del autor de **La Guerra y la Paz** (1), los más desprovistos de sensibilidad, no se detienen nunca, si no es por cálculo, en estos menudos detalles que son las exterminaciones de la población civil, que pronto llena los vacíos por su inconsciencia «pro-bática». Es lo que explica la posición destacada de

Thiers que escribía, poco antes de su muerte, a Henry Reeve: «Europa se ha portado mal con los turcos, pues la justicia y el verdadero equilibrio de la paz universal estaban de su parte.» Henos aquí, pues, lejos del famoso verso hugoliano: «Los turcos por aquí han pasado, todo está arruinado.» Debemos reconocer, no obstante, que los turcos cuando no están bajo las armas, no son ni mejores ni peores que los otros pueblos en estado de paz. Poco antes de las masacres de Bulgaria, se habían mostrado muy humanos acogiendo a 200.000 habitantes de Circasia, que huían de las represiones, luego de las revueltas de Kazi Mollac y de Schamuyl. Bien tratados y provistos de tierras, estos circasos se asimilaron rápidamente a la población turca.

Hubo un tiempo en donde los búlgaros y los armenios, simbolizaban todo el abominable despotismo de los turcos, del que siempre eran víctimas, como tantos otros. «El problema no se volvió verdaderamente turbio para mi conciencia hasta después de las dos guerras balcánicas, cuando los búlgaros, los serbios y los griegos eran vencedores, y los búlgaros se precipitaron de repente sobre sus aliados, exponiéndose así a su vez a las acusaciones que hasta entonces habían pesado sobre los turcos.» Así se expresa Estournelles de Constant, organizador de una misión de encuesta de la Dotación Carnegie y redactor de un informe que hizo sensación, mostrando que los búlgaros habían, como los turcos, cometido crímenes odiosos, pero que, por su lado, los serbios habían hecho otro tanto, cometiendo idénticos crímenes. (Justin Godart, L'ALBANIE EN 1921, prefacio de E. de Constant.)

En 1910, las tropas turcas sofocaron algunas rebeliones en el norte de Albania, conduciéndose de un modo generalmente odioso. No se contentaban con quemar cada casa albanesa sin demandarse si allí habrían enfermos o heridos; sino que también cortaron las viñas y los árboles frutales, haciendo de esta parte del Epiro, un desierto salvaje. Iglesias y casas fueron saqueadas e incendiadas, de tal modo que las tribus rebeldes que no habían tomado parte en las rebeliones, tuvieron que huir. (Ch. Woods, LA TURQUIE ET SES VOISINS, 1911.)

En 1914, la Grecia tan alabada antes por el ejemplo que dió a una Europa en pleno terror blanco, rebelándose contra el yugo de los turcos, la Grecia del «cielo puro» del poeta Alejandro Soutzo, se mostró vivamente atroz con los albaneses. En Hermovo, las tropas degollaron a toda la población masculina desde la edad de 15 años. (Justin Godart, L'ALBANIE, p. 89.)

Y es en el litoral del mar Negro, donde fué el teatro de escenas horribles que recuerdan el tiempo en donde Abd-ul-Hamid II, el «sultán rojo» hacía colgar, despedazar y quemar vivos a los infelices armenios, de los que exterminó unos 300.000 desde 1893 hasta 1897.

En 1914, Tracia, Propontida y las costas del mar Egeo, fueron evacuadas de sus poblaciones griegas que, deportadas hacia el interior de Anatolia, sin refugio, ni vestidos, morían por el camino de hambre y fatiga. Pero fué aún en Ponto, el antiguo reinado de Ariozarzano, el que sufrió los más grandes excesos. Luego, fueron dispersados los habitantes de Sinopo, Ayadjik y Karsa, hacia Castamuni. Los muertos se dejaban insepultos y muchas mujeres, imposibilitadas de llevarse a sus niños, los abandonaban en las montañas, siendo presa del hambre y de los animales salvajes.

Luego, desde diciembre de 1916, le tocó el flagelo de la guerra a Samsoun. El ejército turco comenzó a reducir toda la región en cenizas. Los pueblos griegos, ricos en plantaciones de tabaco, fueron saqueados e incendiados... Un gran número de mujeres y niños

fueron deportados; las jóvenes violadas; las esposas ultrajadas y expulsadas hacia el interior del país. Obligadas a caminar durante treinta y cuarenta días a través de las montañas cubiertas de nieve, sin alimento durante jornadas enteras, batidas y despojadas por los gendarmes, la mayor parte de aquellas infelices murieron por el camino...

El mismo trato le esperaba a Bafra, Oenoé, Thermodon; las mismas barbaries se repiten en Tripolis, Kerassund y Kara-Hissar; 25.000 personas fueron deportadas a Sivas; la ciudad de Ordú y toda la región circundante fueron destruidas. (V. Dendramis. LA SOCIÉTÉ DES NATIONS ET LES DEPORTATIONS EN TURQUIE, Ginebra, 1921.)

La Conferencia de Spa (16 de julio de 1920) estimaba que los turcos habían, desde 1914, masacrado a 800.000 armenios, hombres, mujeres y niños; y deportado o expulsado de sus hogares a más de 200.000 armenios y a más de 200.000 griegos. Por estas razones **los aliados se declaraban resueltos a emancipar del yugo turco a todos los territorios habitados por las mayorías de raza no turca.** Pero la política y otras exigencias que la felicidad de los pueblos y las «variaciones en los múltiples incidentes de la diplomacia» debían no solamente aplazarlo todo, sino permitir la reedición de los peores excesos del tiempo de guerra.

En julio de 1921, toda la población masculina de Trebizonda, Surmena y Riza, fué deportada. Por el camino, se masacró a una gran parte de ella. Osmán Agha, bien conocido por su ferocidad, deportó a la colonia griega de Tripolis, que tenía 2.500 miembros y en donde sólo quedarán unas 200 mujeres y niños. Lo mismo ocurrió en Kerassund, de 14.000 habitantes, sólo quedaron 4.000 mujeres y niños.

En el pueblo de Tsakalli, a cuatro horas de distancia de Samsoun, Osmán Agha hizo encerrar a las mujeres y a los niños en algunas casas, y los quemó a todos vivos. En Kavza, reunió a las mujeres y a los niños en las orillas del río, los hizo masacrar y los echó al agua. En Merzifoud, los turcos incendiaron los barrios griegos y armenios. Hubo escenas horribles, durante los incendios; todas las salidas estaban guardadas por la soldadesca, y los infelices que trataban de huir eran ametrallados despiadadamente, sin distinción de mujeres, niños o ancianos. 1.800 casas con sus habitantes fueron quemadas en cinco horas. (Circ. on 14 th November 1921, for the Council of the League of Nations, C. 448, M. 322, 1921, VII.)

Los otomanos habían creado igualmente, en 1914, «batallones de trabajo», que eran más bien un sendero hacia la tumba. Los deportados eran enviados por grupos al Cáucaso y a la Mesopotamia, para hacer túneles y ser empleados en trabajos peligrosos, etc. Mal alimentados, mal vestidos, los infelices soporaban mal en sol ardiente de las llanuras de Bagdad o el frío terrible del Cáucaso. Como los otomanos acababan con los malos tratos, los que no habían muerto del tifus exantemático o el cólera, algunas ciudades se volvieron inmensos cementerios. En 1921, las deportaciones volvieron a tomar un ritmo halucinante; y si los lugares de deportación podían cambiar, los procedimientos eran siempre los mismos. «Creo inútil, declaraba el diputado griego Tsoucalas, de insistir sobre la manera en que centenares de miles de cristianos son pretendidamente deportados, cuando son, en efecto, asesinados inhumanamente. Se les quitan los vestidos y los calzados, y en ayunas, constantemente golpeados, por extensas caminatas de 50 a 60 kilómetros, son conducidos por las montañas cubiertas de nieve.» (TROISIÈME ASSEMBLÉE NATIONALE DES HELLENES, mayo 1922. Atenas.)

M. Harmsworth, subsecretario de Estado de los Negocios Extranjeros de Inglaterra declaraba en vano,

ante la cámara de los Comunes del 22 de mayo de 1921: «El cónsul británico en Beirut ha recibido un informe señalando el paso por Karput de 20.000 personas deportadas, mujeres y niños en su mayor parte, semi desnudos, expuestos al frío en una región cubierta de nieve, y que son conducidos hacia el interior del país.»

El autor E. Nicol, tenía razón al escribir en su libro LES ALLIES ET LA CRISE ORIENTALE (p. 60): «La unión de los más grandes pueblos liberales de occidente, creaba el más formidable frente diplomático que haya existido. Sin embargo, nada fué hecho para salvar la vida de 500.000 víctimas, ni de evitar las peores persecuciones a otros dos millones.»

Paralelamente al salvajismo del gobierno turco, bien precisa tener en cuenta la monstruosa hipocresía de las grandes potencias que permitieron aquellas masacres y aquellas deportaciones, al mismo tiempo que proclamaban muy alto el derecho de los pueblos a disponer de sí mismos y que pretendían poner la guerra fuera de la ley.

Los gobiernos son, ante todo, gerentes de negocios. No protestan contra los abusos y los crímenes, mientras que su protesta no se acorde con la defensa de sus intereses económicos y financieros. Ocorre, también, que los más horrendos crímenes se acuerden con sus intereses. Y es por esto que es dejado el campo libre a los militares, estos especialistas en el arte de las gigantescas demoliciones.

*

Nuestro amigo Charles-Auguste Bontemps defendía no hace mucho, en un notable estudio, la tesis de que el fondo psíquico del hombre no ha cambiado desde la lejana época de las cavernas. Si hay un ser que justifica este postulado que puede parecer audaz a los fervorosos del «neotransformismo totalitario», es bien el militar, mostrando con que violencia pueden liberarse en él los instintos latentes que vienen del bruto, cuando no son comprimidos por las preocupaciones de una ética superior, sino al contrario sometidos a las influencias de esos fanatismos que excusan las peores crueldades cometidas, por el triunfo de alguna «verdad» suprema o la defensa de algún simbólico estandarte.

Nos parece que hemos dado en este estudio, un gran número de ejemplos que sitúan al hecho militar, **en todos los pueblos y en todos los tiempos.** No existe una nación ni una época que haya escapado a los sangrientos excesos del terror militar. No existe un pueblo que no haya hecho sufrir a otros, las espantosas destrucciones que han enlutado su historia. Por todas partes en donde pasaron los ejércitos, no importa cual fuese el color o la forma de sus oriflamas, las poblaciones civiles han soportado el saqueo, el incendio, la violación y la masacre.

«En los tiempos de los bárbaros», se lee a veces en los relatos de los historiadores que establecen una discriminación más o menos arbitraria entre ciertas épocas. «En los tiempos bárbaros», afirman extraños sociólogos, que esperan concluir en una satisfacción por el hecho de que nuestra época ha llegado a fabricar, en nombre del proletariado que se quiere que sea inspirado con el pensamiento racionalista puro, artefactos específicamente aptos a hacer explotar nuestro infortunado macrocosmo en el polvo de los infinitamente pequeños...

¿Los tiempos bárbaros? Sólo terminarán cuando desaparezca esta institución, que es la negación más monstruosa del progreso social y de la libertad individual. Los ejércitos desaparecerán un día o, de lo

contrario, vendrá la noche definitiva sobre las esperanzas del mundo.

Tal vez los hombres, ebrios de odios y de mentiras, se despertarán, antes que no sea demasiado tarde, a realizar empresas salvadoras... Sino, los horrores tomarán de nuevo su curso, en nombre de esas tonterías solemnes, que se gritan a través del entendimiento de los ingenuos crucificados. Se triturará, se destruirá aún al ser humano, en una carnicería gigantesca, las cunas se incendiarán regadas por el fósforo líquido, y tal vez el planeta entero explotará por el gesto de un demente que, preferirá morir en una apoteosis de apocalipsis...

S. VERGINE

Este estudio de S. Vergine, extraído de la real historia de la humanidad, en la cual la guerra y el guerrero aparecen como barbaries, y el militarismo como un crimen permitido y fomentado por todos los Estados del mundo, fué publicado originalmente en la revista francesa DEFENSE DE L'HOMME (núm.

13, 14, 15, 16, 17 y 18; 1949-1950), animado por el anarcopacifista Louis Lecoin, el que concluía así: «Con este número, nuestro amigo Vergine termina su serie de artículos sobre el terror militar a través de los siglos. Ahora, los que aún dudaban, entre nuestros lectores, saben a que atenerse: han visto desfilar ante sus ojos mil pruebas de la maleficencia absoluta y de la criminalidad de los ejércitos; conocen todos, ahora, que las batallas no ennoblecen al soldado, sino que aun lo encanallan más y lo transforman casi inevitablemente en un asesino endurecido, matador de niños y de mujeres, sea cual sea su razón o la nación en donde haya nacido.

Si algunas vez lo podemos financieramente, recogeremos en un folleto estas dolorosas páginas, pues testimonian elocuentemente en favor de la Paz.

«Y mientras tanto, rendimos homenaje a nuestro abnegado y concienzudo colaborador, que ha visitado bibliotecas, compulsado montones de libros, para poder escribir este emocionante estudio que será perdurable, y que quedará como un monumento, contra la vergüenza de la soldadesca y de la guerra.» — L. L.

EL ARTE Y LA VIDA



DESDE los mismos comienzos del arte, puede constatarse cómo se mezcla a todas las formas de la actividad humana. Nacido de las necesidades de la vida, no deja de tener por eso un alto alcance espiritual; tiene por punto de partida lo real y por finalidad al ideal. El arte ejerce una influencia tan profunda en los individuos, que las religiones y las morales de él se han amparado para imponerle sus dogmas, pero por encima de unas y otras queda la belleza de la obra, que condena la absurdidad y la fealdad. El valor supremo del arte consiste en transformar hacia una vida mejor, más bella que la vida real, las pasiones y los vicios que describe. El arte no reside solamente en las obras que pueden verse en los museos, en las partituras musicales, en los libros o en las obras teatrales; está también en los actos del individuo, cuando estos actos se hallan impregnados de belleza. La armonía que contiene toda obra de arte sincera y duradera pasa a la vida, para enriquecerla y ennoblecerla. Una vida puede ser una obra de arte al mismo título que un poema. Una vida proyecta hacia el exterior la riqueza del ideal que contiene, del mismo modo que la obra del artista inspira amor y simpatía al que la contempla, y que esta contemplación nos hace mejores.

— * —

El hombre sólo es un ser libre y sociable por el arte que pone en su vida y la vida que pone en su arte.

— * —

Es entonces cuando se encuentra realizado en él ese estado de alma que he designado, hace ya unos sesenta años, con el neologismo ARTISTOCRACIA (1). (No confundir con aristocracia.)

— * —

«La artistocracia—decía yo entonces—consiste para cada individuo en hacer de su vida una obra de arte libre y desinteresada, por encima de todas las limitaciones y de to-

dos los partidos». Lo que implica para él el deber—aquí la palabra deber tiene un sentido—de accionar y pensar por el mismo, escapando así al influjo de lo social, cuya forma más baja es la mediocracia o rebaño de imitadores y de imitados, de amos y de esclavos, de explotadores y de explotados, no importa la profesión o clase a que pertenezcan, sean ricos o pobres, sabios o ignorantes, intelectuales o manuales, pensando y accionando en grupo, obedeciendo a palabras de orden y desprovistos de personalidad.

— * —

En esta mediocracia de derecha, de izquierda o del centro, se alistan los arrivistas de toda índole, los indeseables de todos matices y los gangsters más diversos, comiendo en todos los pesebres, nadando entre todas las aguas, apostando con todos los cuadros y jugando todos los dobles juegos, evitando todos los peligros, pasando por encarnar el honor y la virtud: moralistas vulgares, profesores con energía a la nuez de coco, socialistas en piel de conejo, comunistas a lo absurdo, energúmenos renegándose a lo largo del día, partidarios de no importa que pueda reconciliarse con la cantina, sobre el espinazo de los contribuyentes, después de haber cambiado muchos porrazos, dejados por la cuenta de todas las «aglomeraciones», vendiéndose al recién llegado siempre que se ponga el precio deseado, funcionarios cuya inconsciencia profesional salta a los ojos, más apresurados a servir que en servir al público, mercaderes de la alza y de la baja, hambreadores del pueblo con su complicidad, acaparadores, defraudadores, haraganes, escu-

(1) En mi libro L'IDEAL HUMAIN DE L'ART (El ideal humano del Arte), ensayo de estética libertaria (Ediciones de la revista LA JEUNE CHAMPAGNE, 1896), tesis que he sostenido y desarrollado después en una cincuentena de obras, desde LA DECOUVERTE DE LA VIE (El descubrimiento de la Vida) hasta VISAGES DE CE TEMPS (Figuras de nuestro tiempo).

derones, falsificadores y otros malhechores, inocentados por la justicia, dictadores de gran o pequeño pie, incapaces que elaboran planes y programas miríficos y cuya impotencia sólo iguala a sus pretensiones, pedantes engreídos de su persona y tullidos de vanidad, monederos falsos del pensamiento que aprovechan de su influencia sobre las masas con el fin de embrutecerlas, falsos sabios y artistas falsos que dan la ilusión del talento, y aun del genio, merced a una publicidad vergonzosa, verbomanos que hablan para no decir nada, y cortar los cabellos en cuatro, periodiqueros a corto de copia pero no de chantaje, patriotas de gabinete que hacen la guerra con la piel de los otros, politiqueros de negocios a sueldo de la finanza, prometiendo más manteca que pan, pero sin dar una ni otro al elector «inconsciente y organizado», causa él mismo de su propia desdicha, demasiado tonto aun para sacudirse del yugo de esos tartufos. Resumiendo, todo un mundo corrompido, anormal y paradójico, viviendo de expedientes, compuesto heteróclito de cadáveres ambulantes encarnizados a perjudicarse entre ellos, bailando la misma danza macabra, desde lo alto a lo bajo de la escala social, e incluyendo al lampista que paga por todas las ollas rotas y representa su cabeza de turco, víctima de su indiferencia y su pasividad.

— * —

Es en esta colección de eunucos, de vanidosos, de retorna casacas, de lamedores de botas, que se fabrican leyes y códigos que restringen a su provecho la libertad de quienes como ellos no piensan, los otros teniendo necesidad de ser conducidos a estacazos, puesto que no saben gobernarse a sí mismos.

— * —

La mediocracia ocupa todos los lugares, tiene todas las palancas de mando, decide la paz y la guerra, ésta mucho más que aquella, y mantiene alto y firme el orden público que no es más que un desorden organizado.

— * —

La mediocracia, es el confusioinismo reinante, las palabras careciendo ya de su sentido, es la botella de tinta, es el mundo al revés, es la psicosis colectiva que transforma a los individuos en canes rabiosos o perros acosados. Todo en este mundo está falsificado, desnaturalizado y desfigurado por la gentuza que gobierna o que se deja gobernar (1).

— * —

Esta sociedad sin arte, sin belleza y sin armonía, que tenemos ante los ojos, en donde el bluff y el arrivismo han substituido a la verdadera originalidad, ésta sólo apareciendo por intervalos, se debate en las ansias de la muerte, haciendo lo imposible para consolidar por todos los medios en su poder a su fachada vacilante. Terminará por destruirse a sí misma, a puro de excesos y de locuras, la técnica, de la cual se muestra tan orgullosa, empujándola un poco más cada día hacia la nada.

— * —

Huyamos de esta mediocracia sin alma, guerrera moral, social, económica u otra, en la cual todo el mundo mero-dea, roba, asesina, denuncia y calumnia. Rehusemos nuestra participación a sus placeres y sus querellas. ¡Nuestro lugar no es el suyo!

(1) Para más amplios detalles, se puede consultar mi libro FIGURAS DE NUESTRO TIEMPO (Figuras de mentira, Figuras de odio, Figuras de locura), en donde están expuestas sin circunspecciones de ninguna clase, las mediocracias de los tiempos actuales.

— * —

No nos asombremos de que la sociedad marche tan mal, el arte habiendo sido separado por ella de la vida. La sociedad tiene otras preocupaciones.

— * —

El arte y la vida son una sola y misma realidad. Quien los separa los mutila. Sólo queda entonces un grosero bosquejo, testimonio de una sociedad cuya decadencia nada tiene de grande. Frente a este rebaño de brutos, de inconscientes y semi locos, de quienes depende la suerte del planeta, la ARTISTOCRACIA se levanta como una protesta viva, élite de todos los hombres libres de todos los países, que se niegan a aullar con los lobos o a balar con los corderos. Ella parece vencida, pero su resistencia a la bestialidad no es por eso menos eficaz, y constituye un dique contra esta marea ascendiente de lodo y de sangre que amenaza sumergir a la tierra entera, con el apoyo de la máquina vuelta entre las manos de la mediocracia, abastecedora de muertes y torturas.

— * —

Por encima de todas las politicalleries y de todas las combinaciones, de las pasiones mezquinas y de los intereses sórdidos de todo cuanto rebaja al hombre y lo disminuye, el arte es la sola disciplina, el solo ideal y la sola verdad a los cuales todo espíritu libre se une. La vida del arte y el arte de la vida se completan y se interpenetran, encarnan las más altas virtudes espirituales, que representan el signo del hombre. Le ayudan a esculpir su propia estatua, a perfeccionarse sin cesar, en un sentido siempre más humano. No existe más progreso en el mundo que ese progreso interior, ejercido por la incidencia sobre el mismo para escapar a la mentira y reformar su mentalidad. Todo otro progreso es un embaucamiento y una ilusión.

— * —

Aparte de la civilización del arte, no hay civilización posible; sólo existe una caricatura de civilización.

— * —

En lo sucesivo es el arte el que será el juez supremo de las acciones humanas. Reemplazará a la moral conformista del pasado, hipócrita y disimulada. Se apreciará en lo sucesivo el valor de un gesto o de un sentimiento, según el arte que los habrá transfigurado y transformado. Con el arte no hay vicio ni virtud. Sólo existe la vida, con su riqueza y su variedad. Con el arte existe el hombre y no el autómatas. Existe el libre pensador y no el ciudadano domesticado. Existe el creador y no el imitador, que machaca las fórmulas prefabricadas que sus educadores le han transmitido. El arte le libera de las cadenas que lo oprimen. Le arranca de su egoísmo y le armoniza con el mundo entero. Haciendo de su vida una obra de arte y poblándola de obras de arte, el individuo se libera de lo social, que invade su personalidad. El hombre no es verdaderamente hombre en el sentido viril de la palabra, si no es ante todo un artista, duplicado en hombre libre.

— * —

El arte, en definitiva, revela al individuo a sí mismo, revelándole a la vez el sentido de la vida. El arte recrea su vida en belleza, ofreciéndole la imagen viva de esa vida que sueña vivir, cuando comprende que por encima de la existencia mediocre y rastrera, que le impone la sociedad, existe otra, más real y más luminosa. Si todos los hombres fuesen artistas y todos los artistas fuesen hombres, el mundo tendría otro aspecto que el que tiene en nuestros días.

— * —

El arte es la última liberación del ser humano, su redención y su salvación. Mediante él, escapa a la bestialidad gregaria y se realiza plenamente. Una nueva vida comienza así. El ideal estético o el arte del vivir—creación o contemplación de la belleza—es el solo susceptible de aportar a los hombres la felicidad que buscan vanamente por doquier. Todo otro ideal es sólo un suplefaltas y una mentira.

— * —

Seamos artistas en toda nuestra vida; pongamos en el arte lo mejor de nosotros mismos, armonizando nuestros ac-

tos y nuestros pensamientos. Y que el arte que creamos o que contemplamos, quede en el seno de las tristezas de la hora como el único refugio que nos salva de la desesperanza. En él, el amor, la verdad y la libertad se confunden. Extraigamos del arte la fuerza de resistencia hacia algo de cierto, al encontrarnos en el seno de los elementos, para contener y sobrepujar las fealdades de una sociedad sin belleza, permaneciendo al margen de su agitación y viviendo, en fin, como hombres libres y no como veletas enloquecidas por el viento (1).

Gérard de LACAZE-DUTHIERS

(Traducción de Vladimir MUÑOZ.)

(1) GERARD DE LACAZE-DUTHIERS es casi desconocido en lengua cervantina, debido a su concepción libre del arte o ARTISTOCRACIA. Pero su Luz no escapa a los espíritus selectos en quienes los velos del oscurantismo reinante nada pueden... «En Lacaze-Duthiers—escribe Miguel Giménez Igualada—todo es belleza: su porte, sus maneras, su dulzura, su amistad, su estilo, su alegría. Sagaz paleontólogo y escritor fogoso y magnífico, hermana, con la finura y elegancia del esteta, la ciencia y el arte, la profundidad y la alegría, la vida que fué y la que será, uniendo al hombre de ayer y al de hoy por el sentimiento de un ansia ferviente de libertad y por un vehemente anhelo de belleza. Por eso es el primer cantor de la vida libre y el primer cultor de la vida bella, ya que para él sentir la libertad es ser artista de la propia vida, y ser artista es ser moral, noble, digno y magnánimo.

El forjador del vocablo ARTISTOCRACIA colabora en un sinnúmero de revistas y publicaciones galas de carácter —o francamente—libertarias. Entre sus últimas obras, cabe

destacar a FIGURAS DE NUESTRO TIEMPO (crítica libre de la sociedad actual superando a la obra de Faure: EL DOLOR UNIVERSAL), obra perdurable y de gran aceptación en los medios libertarios del mundo entero. LOS CAMINOS DE LA AMISTAD, en donde expone su concepto ARTISTOCRATA de la amistad tan cara a los Epicuro y los Metrodo, fué en seguida agotada. En su ANTOLOGIA DE LOS ESCRITORES DEL BARRIO LATINO, se muestra de una erudición y una galanura en la prosa sin igual y por fin, en su última obra RIMAS, nos deleita con su poesía libertaria.

A la juventud desorientada de hoy, conducida por los caminos trillados, idiotizada y embrutecida por los amos del momento, cabe sugerirle figuras como la de este pensador que representa norte y guía en un mundo como el actual, tenebroso y gregario. Sus obras pueden adquirirse en la BIBLIOTHEQUE DE L'ARTISTOCRATIE, 113, rue Monge. PARIS (V). Francia. (N.d.T.)

La novela de Salomé

— II —



CUPESE ahora de Ecequías, bisabuelo de Jesús. El Babá pertenece a la familia de los hasmoneos no colaboracionistas. Sucede a Aristóbulo en el plano de la liberación de Judea, frente a los romanos, siendo jefe de los esenios. Philón le dirá a usted el significado de esta tendencia: la entelequia anarquista. Tolstoi fué un esenita, opuesto a los saduceos (la aristocracia) y a los fariseos (los jesuitas), apegados a la tradición religiosa. «Pese a su natural puro—asegura Roubach—han querido presentarlos como bandidos.» Yendo Herodes contra Ecequías, ahogó la sublevación y sin juzgar al Babá ni a sus partidarios ordenó acuchillarlos. ¿Podía pararse en barras el que decretó la muerte de su mujer Mariana—tuvo ocho más—allá por el año 28 antes de J.C., la de su cuñado Aristóbulo y la de sus hijos Alejandro y Aristóbulo? El año 37 antes de J.C. puso sitio a la ciudad de Jerusalén, donde venció a los patriotas y mandó decapitar a su jefe Antigón. Empieza el reinado de Herodes, protegido de Antonio. Empieza con la matanza de todos los miembros del Sanedrín por su hostilidad a Roma. Después la comienza con el idumeo Costabaro, marido de su hermana Salomé, condenado a muerte por haber ocultado en su casa

a los hijos de Ecequías, tras la defensa de Jerusalén, en la que tomaron parte. Es, pues, Herodes uxoricida y «cuñadica» doble.

Arquelao, su hijo, heredó el reino de Judea, haciendo bueno el dicho «de tal palo...», pues lo inauguró con la matanza de unos 3.000 patriotas. Como cayera en desgracia con Roma, en el año 6 después de J.C. fué destronado. Quedó el país a cargo de un gobernador dependiente del procónsul de Siria, el cual batió a los esenios al mandó de Judá, tercer hijo de Ecequías, siendo derrotado por Varo, quien dispuso su crucifixión y la más de 2.000 judíos. En escena, un nuevo personaje: Judá el Gaulamita, hijo de Salomé (Isabel) y del primogénito de Ecequías, Huye a Gamala (provincia de Gaulamitida, gobernada por Filipo), compuesta de su padrastrito Sadoq, su madre, de la rama de los Clopas, lo mismo que su esposa María, los hijos en número de siete (siendo el primogénito Jesús), y algunos de sus íntimos. La medida impopular del empadronamiento había sido tomada por los de arriba para mejor controlar a los de abajo, para en adelante saber con quiénes se gastarían los cuartos. Judá y Sadoq, a la cabeza de los patriotas, mueren en la brecha. «El Galau-mita escribe Roubach, previendo lo que podía sucederle, ha-

bía reunido a su familia y a sus íntimos y presentándoles a su hijo Jesús, todavía niño, le nombró sucesor suyo y jefe del partido de la liberación. A dicho consejo asistieron, entre otros, sus cuatro hermanos y sus dos hermanas, su abuelastro Sadoq, su tío Juan Bautista y Pedro». De Gamala trasladóse toda la familia a un pequeño burgo de Galilea llamado Nazaret, donde María casóse en segundas nupcias con un fabricante de cofres, llamado José, de la simiente de David. No hay que olvidar que Herodes, que en el año 6 después de J.C. no se había mezclado en la sublevación de Judea, seguía siendo tetrarca de Galilea.

¿Continuamos con la cosa de los esenios o la dejamos aquí? Porque prosigue con Jesús, con sus hermanos y con otros después de su muerte. Jesús reanuda a ultranza la liberación por su natural imbele, por incapacidad para la guerra, que en su fuero interno condena. El Rabí combate con la palabra. Cuando más prosélitos tiene la causa a pesar de no lo pugilista que sus antecesores. Pero estaba dicho «que un descendiente de la familia de David rompería el yugo extranjero, restablecería el Estado con su independencia y daría al pueblo la paz y la dicha bajo el reinado de Dios y de su ley, resumida por el fariseo Hillel en estas palabras: «No desees a tu prójimo lo que no quieras para ti». El año 26 después de J.C., Poncio Pilato sucedió a Valerio Grato en el gobierno de Judea. Para hacerse querer del Emperador colocó su efigie en el templo de Jerusalén, acción que, indignando a los patriotas, lo mismo que otras tropelías cometidas anteriormente, impulsóles a un levantamiento. Entonces Jesús declaróse Mesías y rey. No resistió a las fuerzas romanas, muy superiores, siendo aprehendido. El viernes víspera de Pascuas, Pilato partió de Cesarea a Jerusalén con sus soldados de caballería y condenó al revolucionario Jesús a la pena de muerte. «El hijo de Judá y de María—afirma Roubach—fué crucificado hacia las cuatro de la tarde y no al medio día, como pretenden los Evangelios. Porque es imposible que en una sola mañana Jesús haya podido comparecer ante el tribunal del Sanhedrín, ser trasladado al Pretorio, someterse al interrogatorio de Pilato y a la flagelación, en casa de Caifás, acabando con la conducción al otero de roca y brezos para sufrir su pena. Al atardecer de aquel día los gobernadores retiraron sus tropas, y algunos partidarios del Rabí aprovecharon esta circunstancia para bajarle de la cruz, comprobando que no estaba muerto sino solamente sin conocimiento. Volvió en sí, pero sucumbió cerca de un mes más tarde como consecuencia de sus heridas.» ¿Acepta usted que puedan bajar a un hombre de la cruz con vida? Yo no.

Simón y Santiago, hermanos de Jesús, sucedieron a éste en la jefatura del movimiento liberador, siendo igualmente crucificados por el gobernador Tiberio Alejandro, «judío apóstata de Egipto, sobrino del célebre filósofo judío Philón de Alejandría». Bajo el mando de Floro, el más inicuo de los gobernadores romanos, prodújose otra sublevación—contra el criterio de ciertos conspicuos patriotas que deducían perjuicios y auguraban el fracaso—, de la que Manahem, sobrino de Jesús, fué el jefe. Estamos a 15 del mes Ab (julio) del año 65 después de J.C., el mes de las catástrofes entre los israelitas. El traductor de Roubach las anota aparte como sigue: «En el mes de Ab ocurrieron las destrucciones del templo de Jerusalén. En el mes de Ab los judíos fueron expulsados de España. En Ab de 1943 sucedió la matanza del Ghetto de Varsovia ordenada por Hitler. Conforme a la

liturgia hebráica, cada año, el 9 del mes de Ab los hebreos, enlutados, se sientan en el suelo orando y meditando las desdichas de Israel». Llegó Manahem con sus huestes a poner en un aprieto a los romanos. Ocupó las alturas de Jerusalén: pegó fuego a los palacios de Agripa, de Berenice y del Gran Sacerdote Hananías: redujo a cenizas los archivos de la Deuda Pública a fin de atraerse a los deudores: tomó la Torre Antonia: obligó a los pudientes a refugiarse en el Palacio de Herodes y, por último, capitular, tras una feroz resistencia. El sitio acabó matando a todas las tropas romanas, al Gran Sacerdote y a su hermano Ecequías. A poco de esta victoria, Eleazar, hijo de Hananías, vengó a su padre atacando a Manahem, para lo cual confabulóse con los saduceos (aristócratas) y los fariseos (jesuitas) no conformes en seguir la lucha contra los romanos. Muchos patriotas cayeron en el atrio del Templo: el propio Manahem murió corajudamente en la plaza Ofia... tal vez por efecto de los que al enemigo pasáronse. Empieza ahora a formalizarse y generalizarse la guerra. Tiberio Alejandro, ex-gobernador de Judea—el que a los hermanos de Jesús crucificase—, es nombrado jefe del Estado Mayor romano. Judío apóstata al que se debe la destrucción de Jerusalén y del Templo: judío renegado que acabó con el Estado judío; judío prevaricador, causante del exterminio de más de 500.000 judíos. No hay peor astilla... «Los jefes del partido liberador, Simón, hijo de Giaras (Nicodemo) y Juan de Giscala, el futuro evangelista San Juan, hijo de Levy Zebedeo, fueron llevados a Roma, donde, después del triunfo de Vespasiano y Tito, Simón fué estrangulado y Juan condenado a prisión perpetua, de la que huyó hacia el año 90.»

Desgraciado, pero magnífico es el final de esta ininterrumpida lucha para los israelitas, refugiados después de la destrucción de Jerusalén en la fortaleza de Masada, cerca del mar Muerto, donde Eleazar, hijo de Jairo y de una hermana de Jesús, por espacio de tres años resistió a los romanos. Fiel a las predicaciones de su abuelo, consiguió de los suyos no reconocer otro soberano que a Dios, jurando no someterse a ningún dueño extranjero. Al verse perdidos resolvieron morir heroicamente. Todos los guerreros después de haber besado a sus mujeres y a sus hijos, con sus propias manos los inmolaron. En seguida de esta horrible ejecución sortearon a diez hombres para que fueran verdugos de los demás, y luego se degollaron entre ellos mismos. Este espantoso sacrificio llevóse a cabo en las Pascuas del año 73. El número de víctimas, comprendiendo a las mujeres y niños, alcanzó a novecientas sesenta. Al día siguiente, los romanos, al entrar en la ciudad, admiráronse del silencio de muerte que en ella reinaba y que sólo era interrumpido por el chisporroteo de las llamas...

«Se sabe—dice Roubach—cómo, la Religión cristiana ha aplicado y transformado las doctrinas de los jefes de estos patriotas judíos, y cómo el emperador Constantino ha hecho subir a la Iglesia Cristiana sobre el trono de los Césares. Se conoce la suerte desdichada que ha estado reservada, como consecuencia, al pueblo judío, al cual, sin embargo, le habían sido hechas las magníficas promesas del reino Mesíasico y al cual Dios ha confiado las Escrituras y la Ley, inspiradas en la Caridad, la Justicia y la Paz que debe realizar el Mesías».

PUYOL

(Continuará.)

Bibliografía de publicaciones anarquistas en lengua italiana

(Continuación)

301. «Germinal». Periódico anarquista. Trieste. Órgano de la Federación Anarquista Giuliana. Comienza a publicarse el 1 de mayo de 1946 y aparece mensualmente con cierta regularidad a pesar de las dificultades particulares que crean la continua lucha entre eslavos e italianos, entre las autoridades aliadas y las «triestanas». Aparecen así trece números fin de 1947. Es interesante conocer el punto de vista anarquista sobre el problema nacionalista tan disputado en Trieste. Tras una larga suspensión, el 1 de mayo de 1953 se publica un número con el título de:

302. «Germinal». Periódico anarquista. Trieste. Número único, en el que se continúa la numeración del anterior, por lo que lleva el número 14. Una gran hoja a seis columnas. Redactores: Tomasini, Umberto y Bruch.

303. «Anarchia». Periódico de propaganda. Foggia. Septiembre 1946. Editado por los Grupos Anarquistas de la Federación de Capitanata (F.A.I.). Número único dedicado a la Conferencia Anarquista que había de tener lugar aquel mismo año. Pequeño formato. Cuatro páginas a cuatro columnas. Redactor: Perfetto Quirino.

304. «La Libertà». Número único, del Grupo Anarquista de Perugia (F.A.I.) 13 de octubre 1946. Gran formato, cuatro páginas a ocho columnas. Redactor: Carlo Strincardini.

305. «I Martiri de Chicago». XI de noviembre 1887.-XI noviembre 1946. Forlì. Número especial. Gran formato, revista ilustrada, 20 páginas. Edición de «L'Aurora». Noviembre 1946. Redactor: Armando Borghi.

306. «Bresci». Número especial. Forlì. Dedicado a Gaetano Bresci. Revista ilustrada. Gran formato, 20 páginas. Suplemento de «L'Aurora». 29 de julio 1946. Redactor: Armando Borghi.

307. «Olocausto». Nuestros atentados contra el fascismo. Forlì. Revista ilustrada, gran formato, 20 páginas. Edición «L'Aurora». 1 de mayo 1947. Redactor: Armando Borghi.

308. «L'Era Nuova». Revista mensual de Cultura Social. Palermo. Inicia su publicación en marzo de 1946. Publicación impregnada del carácter muy personal de su redactor, Paolo Schichi; 28 páginas. Continúa su publicación regular hasta el 1 de mayo de 1948. Después, no logrando obtener la autorización regular, por impedimentos burocráticos, Schichi publica la revista a manera de números únicos, cada vez con un título diverso y sin mantener la regularidad mensual. Aparecen así:

309. «Il Vespro Anàrchico» (El Lucero Anarquista). Palermo 16 julio 1948.

310. «Il Nuovo Vespro». Palermo, octubre 1948.

311. «Il Vespro Internacional». Palermo, diciembre 1948.

312. «Il Vespro Sociale». Palermo, febrero 1949.

313. «Il Vespro Proletario». Palermo, mayo 1949.

314. «Il Vespro dell'Avenire». Palermo, julio 1949.

315. «Il Vespro Libertario». Palermo, septiembre 1949.

316. «Il Vespro de la Giustizia». Palermo, noviembre 1949.

317. «Il Vespro della Libertà». Palermo, enero 1950.

A estos números va agregado un suplemento con el título de:

318. «Il Canero» (El Canchero), en el que se reproduce

el famoso artículo de Vincenzo Morello (Rastignac), titulado «Germinal» y aparecido en «La Tribuna» en 1896.

319. «Il Vespro del Gradiatori». Palermo. Marzo-abril 1950. Todos estos números únicos fueron redactados casi por entero por Paolo Schichi.

320. «L'Amico del Popolo». F.A.I. Editado por la Federazione Comunista Libertaria Ligure, Génova. El primer número se publica como número único, el 3 de marzo de 1946. El 17 de marzo adquiere el carácter de publicación quincenal regular continuando así hasta principios de septiembre de 1948, dedicándose en particular a la propaganda popular entre los obreros de la Liguria (región de Génova y alrededores). Fundado por Aladino Benetti, fallecido unos meses después de iniciarse la publicación, tuvo luego como redactores a Vincenzo Toccafondo y Mazzoni (Dtt. Mefisco). Colaboradores: Umberto Marzochi, Ugo Fedeli.

321. «L'Amico del Popolo». Número único editado por la Federación Anarquista de Liguria. Génova. 30 de mayo de 1950. Dedicado a España y a la defensa y clarificación del atentado realizado por tres jóvenes anarquistas contra la embajada de España en Génova. Aparece en ocasión del proceso contra los tres realizadores del atentado.

322. «Il Vespro Anàrchico». Número único. Palermo. Órgano de los Grupos Anarquistas de Palermo. Una hoja en gran formato el 30 de julio de 1947. Redactor: Ignacio dell'Aria.

323. «Terra e Libertà». Vocero del movimiento anarquista de Sicilia. Siracusa. No logrando la autorización de publicación, por impedimentos burocráticos, los anarquistas sicilianos publican una serie de números únicos, con diversos títulos pero con inspiración idéntica y la misma redacción. Bajo el título indicado lograron aparecer tres números consecutivos: 1 de mayo, 25 de mayo y 6 de julio de 1947. Redactores: Alfonso Failla y Umberto Consiglio. Pero después, cada número llevaba títulos diversos:

324. «La Conquista del Pane». Siracusa. 10 agosto 1947. Editado por el Grupo «Tierra y Libertad».

325. «Libero Accordo». Siracusa. Septiembre 1947. Editado por el grupo «Tierra y Libertad».

326. «Terra e Libertà». Siracusa. Número único, del Grupo «Tierra y Libertad», 26 octubre 1947.

327. «Diana Libertaria». Siracusa. Número único, del Grupo «Tierra y Libertad», 30 noviembre 1947.

328. «Terra e Libertà». Messina. Vocero del movimiento anarquista de Sicilia. Número único, editado por el Grupo «Tierra y Libertad», 22 de enero de 1948.

329. «Azione Libertaria». Siracusa. Número único del Grupo «Tierra y Libertad», 18 febrero 1948.

330. «Le Comune Anàrquica». Siracusa. Número único del Grupo «Tierra y Libertad», 5 abril 1948.

331. «La Riscossa Libertaria». Siracusa. Número único del Grupo «Tierra y Libertad», 26 mayo 1948.

332. «Rinascita Libertaria». Siracusa. Número único del Grupo «Tierra y Libertad», 10 agosto 1948.

333. «Terra e Libertà». Siracusa. Vocero del movimiento anarquista de Sicilia. Editado por el Grupo «Tierra y Li-

bertad», 17 de abril 1949. Todos estos números únicos del Grupo «Tierra y Libertad» aparecieron bajo la dirección de Alfonso Failla y Umberto Cosiglio.

334. «Il Pensiero». Carrara. Número único editado por el Grupo «Eliseo Reclús», en memoria del martirio de Jordano Bruno, 17 de febrero 1947. Cuatro páginas a cinco columnas. Redactor: Claudio Lugari.

335. «Il Libertario». Spezia. Número único, editado por la Federación Anarquista de Spezia, 1946. Dedicado al recuerdo de la obra realizada por Pascual y Zelmina Binazzi. Cuatro grandes páginas.

336. «La Giuventù Anarchica». Milán. Órgano de los Jóvenes de la Federación Anarquista Italiana (F.A.I.) Inicia su aparición en la segunda quincena de julio de 1946. De un contenido literario elevado aunque esforzándose en tratar problemas del día. Continúa la aparición quincenal hasta el número de 20 de enero-5 febrero 1947. Es un número doble a ocho páginas. Redacción: Carlo Doglio, Giovanna Gervasio, Virgilio Galassi. La composición de la Redacción se había modificado en el número 10 del 5 de diciembre de 1946, son redactores: Carlo Doglio, Pier Carlo Massini, Virgilio Galassi. Cuenta con una colaboración escogida.

337. «Ad Memoriam». Milán. Julio 1947. Publicado en recuerdo del compañero Angelo Sbrana en el VI aniversario de su sacrificio. Editado por el Comité de Ferrovianos. Dos páginas, formato 41 x 55.

338. «La Scuola Moderna». Milán. Editado por la Escuela Moderna «Francisco Ferrer». Se trata de una publicación irregular, más bien hecha de números únicos. El primero es de fecha de julio 1947. Aparecen algunos números en 1948 y en 1949. Pequeño formato, a cuatro columnas.

339. «Anarchismo». Palermo. Número único. Una hoja a gran formato, en siete columnas; 20 de julio 1948. Redactores: Marcello Natoli. Colaborador: Giobbe Sanchini.

340. «L'Anarchia». Palermo. Número único; 10 agosto 1948. Gran formato. Ofrece demasiado espacio a la polémica personalista. Redactor: Marcello Natoli.

341. «Anarchismo». Nápoles. Periódico de cultura, de crítica y de combate. Aparece cuando puede. Es la continuación de los dos números únicos aparecidos en Palermo. Inicia su publicación en octubre de 1948, continuando con números únicos que de tanto en tanto cambian de título, sobre todo a partir del número de abril de 1949. En esta publicación se dedica demasiado espacio a cuestiones personales y a ásperas polémicas internas. Redactor: Giuseppe Grillo. Colaborador: Giobbe Sanchini. Después de 1949 se publican los siguientes números únicos:

342. «Frusta Anarchica» (El látigo anarquista). Nápoles. Número único, editado por el grupo «Anarquismo». Mayo 1949.

343. «La Rivolta dei Reprobi» (La Rebelión de los Condenados). Nápoles. Número único, editado por el grupo «Anarquismo». Agosto 1949.

344. «Palingenesi» (Resurrección). Palestra (órgano) de cultura, de crítica y de combate. Nápoles. Aparece cuando puede. Editado por el grupo «Anarquismo». Noviembre-diciembre 1949.

345. «Anarquismo». Vespro Scicchiano. Nápoles. Número único. Mayo 1950-marzo 1951. Aparece en forma de revista con cerca de 100 páginas. Editado por el grupo «Anarquismo».

Todos estos números únicos editados por el grupo «Anarquismo», se hallan impregnados de una violenta crítica personal. Son redactados por G. Grillo. Colaborador: G. Sanchini.

346. «Anarquía». Cagliari. Número único de «Ordine

Anarquico» (Orden anarquista). Contiene un extenso artículo sobre Michele Schirru. Una hoja a gran formato, ocho columnas. Redactor: Tomaso Serra, 19 octubre 1948.

347. «Il Piccone dei Reprobi» (El Pico de los Condenados). Nápoles. Palestra de cultura, de crítica y de combate. Revista anarquista editada por el grupo «Anarquismo»; 40 páginas. Fines de mayo de 1950. Redactor Giuseppe Grillo.

348. «Difesa Sindicale». Génova. Órgano del Comité Nacional de Defensa Sindical. En la cabecera lleva la frase: «Primer derecho: vivir; primer deber: trabajar». Comienza a publicarse el 21 de enero de 1948 como suplemento del periódico «L'Amico del Popolo» y finalmente le substituye. Cuatro páginas a seis columnas. Se publica hasta fines de junio de 1948. Redactor: V. Toccacchio. Colaboradores: Wanda Lizzari, G. Gervasio, U. Fedeli.

349. «Rivoluzione». Tarento. Vocero del Movimiento Anarquista de las Puglias. Número único. «Contra la guerra; contra la paz, por la Revolución Social»; cuatro páginas. Junio 1949. Redactor: Greco Francesco.

350. «Bolletino». F.A.I. Roma. Editado por el grupo anarquista «Roma-Centro». Reservado a los militantes; ocho páginas a multicopista. Inicia su publicación mensual en enero de 1949 y aparece regularmente hasta enero de 1950 (número 13).

351. «Libera Voce». Periódico anarquista. Número único. 1946. No lleva indicación de lugar ni de fecha de publicación. Dos páginas a cuatro columnas.

352. «La Diana». Modica (Sicilia). Número único editado por la Federación Anarquista de Sicilia Sud Oriental. 19 diciembre 1949. Gran formato, dos páginas, seis columnas. Responsable: Orazio Loreface.

353. «Guerra di Classe». Marseille-Torino-Génova-Sestri. El primer número, que aparece en junio de 1949, lleva como subtítulo: «Número único del Comité de Coordinación de la Unión Sindical Italiana» (A.I.T.) y lleva las direcciones de Marsella y de Génova. Contiene las «Bases de la futura logranza revolucionaria del Proletariado». Se publica como números únicos correlativos. Un número en noviembre de 1949 y otro en diciembre de 1949, con la dirección de Génova. Un tercero con el título de:

354. «Guerra Sociale». Torino. Número único. Órgano del Comité de Coordinación de la Constituida Unión Sindical Italiana (A.I.T.). Febrero 1950. Redactor: Hilario Margarita. También en 1950 y 1951 aparecen aún diversos números de:

355. «Guerra di Classe». Con la dirección en Torino, redactados por Hilario Margarita y por Francesco Rangone. Pero luego la Redacción se traslada a Génova Sestri.

356. «Notiziario della Unione Sindicale Italiana». Génova-Setri. Número único. Diciembre 1952. Número único que substituye a «Guerra di Classe». Cuatro páginas a cuatro columnas.

357. «L'Impulso». Livorno. Notiziario Anarquista para el Lazio y la Toscana. A cargo del Comité Interregional Tosco-Laziale. Reservado a los militantes. A partir del número 3-4 de su segundo año, marzo-abril 1950, el periódico se convierte en «Boletín Anarquista Mensual», a cargo del Grupo de iniciativa «Por un Movimiento Orientado y Federado» y a partir del número 5-6 de su tercer año, abril 1951, se convierte en «Órgano de los Grupos Anarquistas de Acción Proletaria, «G.A.A.P.», y a partir de marzo de 1952 se convierte en quincenario, siempre a cuatro páginas, cuatro columnas. A principios de 1953 aparece en gran formato, cuatro páginas y seis columnas. Colaboradores: P. C. Massini, Parodi, Vinazza, Arrigo Cervetto, etc., aunque la mayoría de sus artículos no son firmados.

Ugo FEDELI

(Continuará.)

POETAS DE AYER Y DE HOY

TURIBULIENTO AIRROYO

Profunda arruga
en verde falda.
Espumarajos grises.
Sus aguas glaucas
están coléricas.
Remolina las hojas,
retoza con las peñas,
muerde como las cabras
—cabras montesas muerden—
en prados cada vez más flacos,
y en llanos trigales anémicos;
en las vertientes descarnadas
y en las márgenes esqueléticas.
Muerde en el lino,
lame en las piedras,
chupa la flora,
la fauna muere...
Y clava sus colmillos,
cual lobo famélico
en las flácidas carnes
de ese mísero pueblo.

J. CAPDEVILA.

Servicio de Librería de la C. N. T. de España en el Exilio

Floresta de leyendas heroicas españolas. (Compiladas por Ramón Menéndez Pidal.) Rodrigo, el último godo. Tomo I.

ZORRILLA.—Poesías. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

MELENDEZ VALDES.—Poesías. Prólogo y notas de Pedro Salinas.

GARCIA GUTIERREZ.—Venganza catalana y Juan Lorenzo. Prólogo y notas de José R. Lomba.

JUAN PABLO FORNER.—Exequias de la lengua castellana. Prólogo y notas de Pedro Sainz Rodríguez.

FEIJOO.—Teatro crítico universal. Tomo III. Prólogo y notas de Agustín Millares.

LOPE DE VEGA.—Poesías líricas. Tomo I. Prólogo y notas de José F. Montesinos.

CALDERON DE LA BARCA.—Autos sacramentales. Tomo I. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

MIRA DE AMESCUA.—Teatro. Tomo I. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

Floresta de leyendas heroicas españolas. Tomo II. Prólogo y notas de Ramón Menéndez Pidal.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—Obras. Tomo I. Prólogo y notas de Jesús Rodríguez Bordona.

MATEO ALEMAN.—Guzmán de Alfarache. Tomo I. Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

CALDERON DE LA BARCA.—Autos sacramentales. Tomo II. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

LOPE DE VEGA.—«Poesías líricas». Tomo II. Prólogo y notas de José F. Montesinos.

SAAVEDRA FAJARDO.—«Idea de un príncipe político cristiano». Tomo I. Prólogo y notas de Vicente García de Diego.

LARRA.—«Artículos políticos y sociales». Tomo III. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

QUINTANA.—«Poesías». Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—«Obras». Tomo II. Prólogo y notas de J. Domínguez Bordona.

JUAN VALERA.—«Pepita Giménez». Prólogo y notas de Manuel Azaña.

SAAVEDRA FAJARDO.—«Idea de un príncipe político cristiano». Tomo II. Prólogo y notas de García de Diego.

MIRA DE AMESCUA.—Teatro. Tomo II. Prólogo y notas de Angel Valbuena.

MATEO ALEMAN.—«Guzmán de Alfarache». Tomo II. Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

«Floresta de leyendas heroicas españolas». Tomo II. Prólogo y notas de Ramón Menéndez Pidal.

FEIJOO.—«Cartas eruditas». Prólogo y notas de Agustín Millares.

JUAN DE VALDES.—«Diálogo de la lengua». Prólogo y notas de José F. Montesinos.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—«Obras». Tomo III. Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

ALONSO VALDES.—«Diálogo de las cosas ocurridas en Roma». Prólogo y notas de José F. Montesinos.

MATEO ALEMAN.—«Guzmán de Alfarache». Tomo III. Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

CRISTOBAL DE CASTILLEJO.—«Obras». Tomo IV. Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

BRETON DE LOS HERREROS.—Teatro. Prólogo y notas de Narciso Alonso Cortés.

MATEO ALEMAN.—«Guzmán de Alfarache». Tomo IV. Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

*Colección de «Clásicos castellanos»
(antiguos clásicos «La Lectura»)
a 300 francos el volumen*

CASTILLO SOLORZANO.—«La Garduña de Sevilla y anzuelo de las bolsas». Prólogo y notas de Federico Ruíz Morcuendo.

ESPINEL.—«Vida de Marcos de Obregón». Tomo I. Prólogo y notas de Samuel Gili y Gaya.

BERCEO.—«Milagros de Nuestra Señora». Prólogo y notas de Antonio G. Solalindo.

LARRA.—«Artículos de costumbres». Tomo I. Prólogo y notas de José R. Lomba.

SAAVEDRA FAJARDO.—«República literaria». Prólogo y notas de Vicente García Diego.

ESPRONCEDA.—«Poesías» y «El estudiante de Salamanca». Prólogo y notas de J. Moreno Villa.

FEIJOO.—«Teatro crítico universal». Tomo I. Prólogo y notas de A. Millares.

FERNANDO DEL PULGAR.—«Claros varones de Castilla». Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

ESPRONCEDA.—«El Diablo Mudo». Prólogo y notas de J. Moreno Villa.

ESPINEL.—«Vida de Marcos Obregón». Tomo II y último. Prólogo y notas de Samuel Gili y Gaya.

LARRA.—«Artículos de crítica literaria y artística». Tomo II. Prólogo y notas de José Lomba.

FEIJOO.—«Teatro crítico universal». Tomo II. Prólogo y notas de Agustín Millares.

MONCADA.—«Exposición de los catalanes y aragoneses contra turcos y griegos». Prólogo y notas de S. Gili y Gaya.

SAN JUAN DE LA CRUZ.—«El cántico espiritual». Prólogo y notas de Matías Martínez de Burgos.

QUEVEDO.—«Obras satíricas y fes-

tivas». Prólogo y notas de J. María Salaverria.

SALAS BARBADILLO.—«La peregrinación sabia» y «El sagaz Estacio, marido examinado». Prólogo y notas de Francisco A. de Icaza.

MORATIN.—Teatro («La comedia llamada Eufemia»). Prólogo y notas de J. Moreno Villa.

JUAN DE LA CUEVA.—«El infamador», «Los siete infantes de Tara» y «El ejemplar poético». Prólogo y notas de Francisco A. de Icaza.

FERNANDEZ PEREZ DE GUZMAN.—«Generaciones y semblanzas». Prólogo y notas de Jesús Domínguez Bordona.

LIBROS DE ORIENTACION IDEOLOGICA

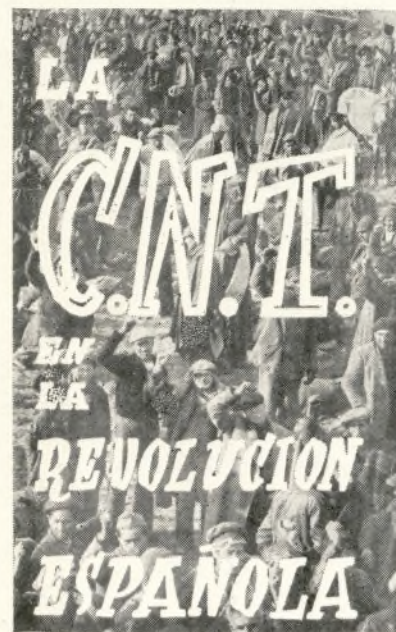
«El Proletariado Militante», de Anselmo Lorenzo. Dos tomos, 180 frs.

«El Apoyo Mutuo», de Kropotkine, 200 frs.

«Etica», de Kropotkine, 100 frs.

«El Pueblo», de Anselmo Lorenzo, 175 francos.

Giros y pedidos a Roque Llop, 24, rue Ste-Marthe. París (X). C.C.P. París 3308-09.



El libro que deben leer
todos los estudiosos

Ayuntamiento de Madrid